



Equipo de redacción



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas

Publicación nº 80-9 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

© del texto: M^a Sancho Menjón Ruiz

© de las ilustraciones: Eugenio Monesma, Luis Serrano Pardo,
Agustín Muñoz, Archivo *Heraldo de Aragón*,
Biblioteca Nacional, Museo Diocesano de Huesca,
Pastelería Fantoba y Archivo CAI

I.S.B.N.: 84-88305-74-5

Depósito Legal: Z. 3375-98

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



Introducción	5
LA NAVIDAD Y LAS FIESTAS DE INVIERNO	7
El eterno retorno del tiempo	9
El fuego, la casa, los niños, el sol	11
EL ORIGEN DE LA CELEBRACIÓN DE LA NAVIDAD	17
¿Por qué el 25 de diciembre?	19
<i>Dies Natalis Solis Invicti</i>	22
Las Saturnales	25
El relato del Nacimiento en los Evangelios	26
LA NAVIDAD TRADICIONAL EN ARAGÓN	29
Adviento y santos patronos de niños	32
Llenar capacetas y matar al gallo	34
La tronca de Nadal	36
El árbol de Navidad	49
La Misa del Gallo	51
Antiguas representaciones teatrales	55
Los villancicos	57
Ana Abarca de Bolea y la Navidad	60
El belén	62
La colación	64
Nochebuena en la calle	69
Brujas y supersticiones	72

Adivinaciones, juegos	75
Felicitaciones	80
El 25 de diciembre	83
Los Santos Inocentes	84
El comienzo del año	86
La noche de Reyes y la Epifanía	94
Epílogo	105
Bibliografía recomendada	109

El sonsonete de los niños del Colegio de San Ildefonso cantando rítmicamente números y premios en el sorteo de la lotería señala, en la mañana del 22 de diciembre, el inicio de las fiestas navideñas. Porque la Navidad no es únicamente una fiesta, sino todo un ciclo festivo que comienza oficialmente la noche del 24 de diciembre, Nochebuena, y finaliza el 6 de enero siguiente, el día de Reyes, cerrando un periodo cuajado de celebraciones.

En la actualidad millones de personas, en los países del mundo occidental, celebramos la Navidad de la misma forma, con leves diferencias de matiz: grandes cenas en Nochebuena, regadas con cava o vinos espumosos y rematadas con turrón; intercambio de regalos adquiridos a toda prisa en los días anteriores, para aflicción de nuestros bolsillos y regocijo de los grandes almacenes; Misa del Gallo y villancicos; montaje de belenes (algunos, con concurso incluido); profusión de espumillones, lazos, bolas de colores y otros ornamentos sobre las ramas de un abeto (preferiblemente, artificial) que se coloca en un lugar destacado del hogar; reuniones familiares, felicitaciones y buenos deseos; pequeñas bromas el día de los Inocentes; campañas, uvas y fiestas de cotillón para Nochevieja; grandes resacas para Año Nuevo; algarabía de chiquillos en la cabalgata del día de Reyes...

Por otra parte, cada vez más gente opta por aprovechar estos días de vacaciones para salir de viaje, a ser posible a destinos con clima cálido, alejándose así de la tradicional consideración de la Navidad como una fiesta familiar.

Sin embargo, hasta hace relativamente poco tiempo —y muy especialmente en el medio rural— la celebración de estas fechas navideñas tenía un carácter diferente en nuestras tierras, con peculiaridades propias del modo de vida de las sociedades tradicionales. Muchas de ellas han desaparecido, otras están a punto de hacerlo, algunas subsisten como mero ritual, perdida ya la significación que les daba su verdadero sentido.

En las páginas que siguen hablaremos de estas fiestas, de su origen, de sus fórmulas y variantes; analizaremos sus detalles y procuraremos obtener, así, una idea aproximada de lo que en otro tiempo significaba para los aragoneses la Navidad. Conoceremos con ello un aspecto más de las manifestaciones de nuestra cultura y, por lo tanto, de nuestra propia identidad.

— LA —
NAVIDAD

Y LAS FIESTAS
DE INVIERNO



EL ETERNO RETORNO DEL TIEMPO

Para los hombres y mujeres de las sociedades tradicionales, el tiempo no discurre de manera lineal, no es una mera sucesión de días y noches, sino que se concibe de una forma “circular”, como una permanente repetición de ciclos iguales: el hombre sabe, por experiencia, que a un periodo de calor seguirá otro de frío que tendrá la misma o parecida duración, y que al término de éste, de nuevo, volverá a reinar el sol. Y así, una y otra vez, el tiempo se renovará a sí mismo con la continua secuencia de las estaciones.

Con igual regularidad, puesto que se ajusta a esa misma cadencia, varía también el entorno: la vida de la Naturaleza se desarrolla con arreglo a esa secuencia de épocas de frío y calor, de forma que las plantas se marchitan y desaparecen en el invierno para volver a renacer con la primavera. Las actividades agrícolas y ganaderas, base de la economía tradicional, están en función de ese ciclo; un ciclo que condiciona, por tanto, la vida del hombre y sus ritmos de trabajo y de descanso.

Pero el hombre también sabe que, pese a que la vida vuelve a florecer cada año, no siempre las cosas son iguales, ni idénticas las condiciones del clima; y unas veces los frutos de la Naturaleza son abundantes, mientras que otras no son suficientes siquiera para poder subsistir. Esa incerti-



*Labores de trilla y selección del trigo.
Detalle del tapiz Capricornio, de La Seo de Zaragoza*

dumbre le hará elegir unas determinadas fechas dentro del transcurso del año para dedicarlas, por un lado, a celebrar la continuidad de ese ciclo vital del que él depende; y, por otro, a realizar una serie de ritos que le procuren la mayor abundancia posible en las cosechas, que propicien la fertilidad de las plantas y el ganado y que, además, espanten cualquier posibilidad de daño para el futuro.

El calendario, pues, se fue jalonando de fiestas que seguían el ritmo de las estaciones y cuyas celebraciones, por tanto, eran acordes al tiempo en que se realizaban: la siembra y la floración en primavera, la plenitud solar y la cosecha en el verano, la vendimia y el cierre del ciclo de

los pastores en el otoño, el abastecimiento de la casa para pertrecharse junto al hogar en el invierno.

Algunas de estas festividades adquirieron una singular relevancia por ser las que marcaban el tránsito entre una estación y otra, la conclusión de un periodo y el comienzo del siguiente, esos momentos mágicos que vienen señalados por el curso del sol: el día más largo y más corto del año, que corresponden respectivamente a los solsticios de verano y de invierno, y aquellos otros dos en los que el sol se encuentra en el ecuador celeste, dando igual duración al día y a la noche: los equinoccios de primavera y otoño.

Es en una de estas cuatro fechas “clave”, la del solsticio de invierno, en la que nos vamos a centrar. Porque en pleno rigor invernal, cuando la luz y el calor son tan débiles que casi se puede creer que la noche tiene ganada la partida al día, llega un momento en que el sol inicia su ascenso de nuevo en el horizonte; y el hombre celebra este triunfo del sol sobre las tinieblas con una fiesta que constituye el eje fundamental del ciclo festivo de invierno: la Navidad.

EL FUEGO, LA CASA, LOS NIÑOS, EL SOL

Hasta ahora hemos hablado de un calendario de fiestas que se rige por los modos de vida rurales, agrícolas y ganaderos, y se adapta a sus tareas, celebrando su inicio o su finalización con ritos propiciatorios de abundancia y fer-

tilidad. Pero la fiesta no tiene un sentido únicamente económico. Para caracterizar el hecho festivo no se puede atender sólo a un aspecto determinado, porque en su propia esencia se conjugan muchos factores: religiosos, sociales, económicos, astrológicos...

Antropólogos como Julio Caro Baroja nos hacen ver que hay, además, otros elementos fundamentales que pueden determinar el arraigo y la pervivencia de una fiesta, como pueden ser los valores estéticos y de juego; porque, como él mismo afirma, «jugar y cargar el juego de intenciones profundas es un supremo placer para los hombres y las sociedades», por lo que «no cabe duda de que una vez creada una forma de ritual en la que hay implícito un juego, el uno y el otro viven, no sobreviven, de modo seguro».

En las fiestas navideñas tradicionales (y en general en las de todo el ciclo festivo invernal) intervienen todos esos factores. En ellas se celebra el solsticio de invierno, como finalización de la trayectoria decreciente del sol y el inicio de su renacimiento, porque ese es el primer signo de que la Naturaleza emprende de nuevo su camino hacia la vida. Una vida que en la época invernal está aletargada por la falta de luz y de calor, tan necesarios para la supervivencia de plantas y animales y, por supuesto, del propio hombre. Los rituales característicos de estas fechas están cargados de un simbolismo que pretende regenerar la luz y la vida, e influir así en la victoria del sol sobre la oscuridad invernal.

Desde el punto de vista económico, en esta época de fríos y heladas las actividades se realizan en el interior de las casas: hilado de lino y otras fibras textiles, trasiego del vino, matacía del cerdo, elaboración del aceite... Las labores agrícolas y ganaderas apenas tienen lugar, a excepción del volteo de las tierras para airearlas —si es que las heladas lo permiten— o de la recogida de la oliva y la poda de la viña (y, en general, de todo tipo de madera).



Nevada en San Juan de Plan. Las condiciones del clima no permiten desarrollar apenas labores agrícolas en el invierno

Eran, pues, las tareas de aprovisionamiento las fundamentales en el invierno: el clima no favorece el trabajo fuera de casa y sí invita a guarecerse, al calor, en el interior de la misma. Por tanto, la mayoría de las fiestas del ciclo

invernal, y muy especialmente las de Navidad, están marcadas por el deseo de consagrar la continuidad de la casa: los rituales se concentran alrededor del hogar y están presididos por el jefe de la familia, con el fuego —alma y sol de la casa— como principal protagonista.

El fuego se encuentra presente prácticamente en todas las fiestas invernales, sea como cálido rescoldo hogareño, sea en forma de grandes hogueras públicas en el centro del pueblo. Pero mientras que de estas últimas se afirma que se encienden por un remoto afán de ahuyentar los peligros y males, acerca de la importancia del fuego del hogar existe otra interpretación que lo relaciona con ese deseo, ya comentado, de perpetuar la continuidad de la casa: el fuego en torno al cual se reúne la familia actuaría como una puerta de comunicación con los antepasados, desde la que éstos pueden vigilar y cuidar a los vivos. En la noche mágica del solsticio, los seres queridos que ya habían muerto volvían a visitar el hogar para protegerlo, y encontraban el camino gracias al fuego.

En otro tiempo, además, en la casa se preparaban para los antepasados comida y ofrendas, de forma que no se perdiera del todo el vínculo con ellos. Esa costumbre derivó en la que aún hoy se mantiene de hacer regalos a los niños; regalos que, en cualquier caso, deben ser traídos por un personaje que viene del más allá, sean los Reyes Magos, el Niño Jesús o, más recientemente, Papá Noel o Santa Claus.

Porque, como hemos dicho, el fuego asume el protagonismo simbólico, pero el protagonismo “social” en estas fiestas queda en manos de los niños. Probablemente no fue siempre así, sino que en un principio eran los adultos quienes se encargaban de llevar a cabo los rituales, especialmente las ofrendas a los muertos familiares. Pero con el tiempo, y quizá por el recelo que el poder religioso sentía hacia unas formas de celebración consideradas paganas, fueron derivando en festejos de carácter infantil.

En cuanto al aspecto religioso, es sabido que la Navidad constituye, junto con la Pascua de Resurrección, una de las fiestas más importantes para la Iglesia católica: se trata de celebrar el nacimiento de Jesucristo, su llegada al mundo como Dios hecho hombre para salvar a la Humanidad. Este acontecimiento se prepara con antelación, durante el periodo que se denomina Adviento (es decir, “advenimiento”), y se prolonga con dos fiestas posteriores: la de la Circuncisión, el 1 de enero, y la de la Epifanía (la “manifestación” pública de Dios) o de los Reyes Magos, el 6 del mismo mes.

EL ORIGEN
DE LA CELEBRACIÓN

— DE LA —

NAVIDAD



¿POR QUÉ EL 25 DE DICIEMBRE?

Entre los primeros cristianos, la fecha más apropiada para conmemorar a sus santos y mártires fue la de su muerte, porque era ese el momento en el que habían pasado a la verdadera vida: la eterna. La fecha de su nacimiento, en cambio, carecía para ellos de importancia. Por eso, en un principio la Iglesia celebró su fiesta más importante en torno al misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo —sucesos que, además, se habían podido determinar con más exactitud en el tiempo—, y no mostró especial interés por averiguar el día de su venida al mundo.

Los Evangelios tampoco ofrecían un relato detallado del suceso. El más explícito es el de Lucas, y aun éste se limita a consignar el traslado de José y María a la ciudad de Belén (donde se estaba elaborando un censo de población por orden de Augusto) y el escueto hecho del nacimiento: «Y estando allí aconteció que se cumplieron los días en que [María] había de dar a luz, y parió a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada». Da cuenta asimismo del anuncio a los pastores por un ángel y de la llegada de éstos al portal para confirmar la noticia. El evangelista Mateo es todavía más escueto: refiere únicamente que «Jesús nació en Belén de Judea, en tiempo de Herodes».



Buscando posada, de la exposición de belenes en la Sala Barbasán, 1996

Pero la fecha precisa en que el acontecimiento tuvo lugar no se indica en ningún caso. El llamado *Evangelio Armenio de la Infancia* (uno de los evangelios apócrifos, esto es, no considerados auténticos por la Iglesia) da la fecha del 21 del mes de *tébéth*, que es el 6 de enero; y ésa fue la que desde el principio rigió en las iglesias de Oriente. Sin embargo, el rechazo manifiesto de la Iglesia hacia estos escritos, que juzgó falsos, dejó sin definir oficialmente esta cuestión.

Muchos estudiosos trataron de situar la fecha exactamente, realizando para ello cálculos que a veces se basaban en premisas curiosas y aun peregrinas: por ejemplo,

en un cómputo pascual datado en el año 243 se parte de la descripción que hace el *Génesis* de la Creación del mundo para afirmar que, como el día en que Dios separó la luz de las tinieblas unas y otras habrían formado partes iguales, el primer día de la Creación tuvo que ser el 25 de marzo, o sea, el equinoccio de primavera, momento en el que el día y la noche tienen la misma duración. De forma que, como Jesucristo es el “Sol de Justicia”, y en el *Génesis* se dice que Dios creó el Sol en el cuarto día, Cristo habría nacido el 28 de marzo...

Otros autores de la misma época proponían la fecha del 25 de marzo. En general, la Iglesia occidental se inclinaba más bien por adoptar la época primaveral para situar el día de la Natividad. Pero las altas jerarquías eclesiásticas se manifestaron contrarias a estas especulaciones: en el siglo III llegaron, incluso, a condenar como sacrílegos a quienes se dedicaran a ellas, calificando de pagano cualquier intento de celebración del nacimiento de Cristo. En todo caso, se admitía la posibilidad de celebrar su bautismo, en la fecha del 6 de enero, como *epifanía* o manifestación de la divinidad de Jesús, fecha que ya se venía conmemorando anteriormente en la Iglesia oriental.

Sin embargo, a partir del siglo IV (y especialmente tras el Concilio de Nicea, que tuvo lugar en el año 325 y en el que se estableció como dogma que Jesucristo participaba de la misma naturaleza divina que el Padre), se comenzó a

considerar la conveniencia de la fecha del nacimiento de Jesús, su llegada al mundo como Mesías para salvar a la Humanidad. Y muy poco después está datada la primera referencia a la celebración de la Natividad por los cristianos el 25 de diciembre: en un calendario litúrgico cristiano en uso en el año 336 se señala que esa fecha es festiva porque «Cristo nació en Belén de Judea». Esa referencia está contenida en el texto de un cronógrafo (una especie de autor de calendarios) escrito años más tarde, en 354.

Algunos autores aventuran el año 330 como el del reconocimiento oficial en Roma de la fiesta de la Navidad por parte de la Iglesia, mediante una proclama dictada por el papa Julio I que posteriormente iría siendo aceptada en el resto del Imperio: en España, por ejemplo, sería después del Concilio de Zaragoza, en el año 380, cuando comenzaría a celebrarse la Natividad de Jesús el 25 de diciembre. Constantinopla, por su parte, adoptó en 379 esa misma fecha para equipararse a Roma, pero hubo lugares en la Iglesia oriental que no llegaron a aceptarla jamás. De hecho, la Iglesia armenia sigue celebrando la Natividad el 6 de enero.

DIES NATALIS SOLIS INVICTI

La razón por la cual la Iglesia acabó conmemorando el nacimiento de Cristo el 25 de diciembre sigue siendo motivo de discusión. Sin embargo, la mayoría de los autores

opta por atribuir a la jerarquía eclesiástica de la época un deseo de asimilación de su nueva fiesta con otra que se había impuesto tiempo antes en Roma en esa misma fecha, y que estaba dedicada a un dios de origen oriental: Mitra.

Mitra era una divinidad identificada con el Sol. Según el mito asiático sobre el que se basaba su culto, había nacido de una roca, de la que salió con una antorcha en la mano —símbolo de la luz que traía al mundo—, y había sido adorado por los pastores. Sol él mismo, pero a la vez hijo del Sol, Mitra personificaba a las fuerzas del bien en lucha contra el mal, al que vencería en el final de los tiempos.

Su culto, de carácter misterico (sólo para iniciados), se extendió por el Imperio Romano en los tiempos en los que el cristianismo estaba afianzándose. Entre ambas religiones hubo tensiones y también muchos puntos de contacto; los adoradores de Mitra confiaban, igual que los cristianos, en una redención por su dios y en otra vida mejor en el más allá. El mitraísmo se perfilaba, así, como el principal rival de la nueva religión cristiana.

En aquella época, el 25 de diciembre se celebraban unas fiestas relacionadas con el solsticio de invierno: en esa fecha nacía el Sol y por eso los seguidores de Mitra conmemoraban ese día el nacimiento de su dios. Los romanos llamaban a esta fiesta *Dies Natalis Solis Invicti*, el día del nacimiento del Sol Invicto. Probablemente la Iglesia cristiana, que también identificaba a su dios como Sol y Luz del

mundo —y así se recoge en numerosos textos bíblicos—, consideró conveniente asimilar esa fecha, en la que se festejaban el solsticio de invierno y la manifestación del *Sol Invictus*, a la del nacimiento de Cristo. Tal elección presentaba dos ventajas fundamentales, en un momento histórico crítico para el definitivo arraigo de la nueva religión en el mundo romano: la posible captación para el cristianismo de adeptos a Mitra, dada la similitud de sus creencias y celebraciones, y la neutralización de la tendencia inversa, es decir, la de que fueran los cristianos quienes, atraídos por la espectacularidad de las fiestas mitraicas, acabaran prefiriendo aquel culto.



*Adoración de los Magos en sarcófago paleocristiano, siglo IV
(Roma, Museos Capitolinos)*

LAS SATURNALES

En los días inmediatamente anteriores al 25 de diciembre se celebraban también en Roma unas famosas fiestas, las Saturnales o *Saturnalia*, relacionadas asimismo con el solsticio de invierno y que muchos estudiosos han puesto en relación tanto con la Navidad como con los Carnavales. Los festejos tenían lugar entre el 17 y el 23 de ese mes y estaban dedicados al dios Saturno, que para los romanos era el representante de una mítica Edad de Oro: la leyenda narraba que en época de su reinado en la Tierra todos los hombres eran libres e iguales, el trabajo no era necesario, los bienes y riquezas abundaban por doquier y no se conocían las guerras. Por eso sus fiestas eran extraordinariamente alegres y estaban caracterizadas por el intercambio de regalos, las comidas abundantes, el encendido de luces y la inversión de los roles sociales: durante aquellos días, los esclavos eran libres y podían mandar a sus señores.

Muchos de los elementos de las Saturnales romanas fueron también asimilados por el cristianismo e incorporados a sus fiestas, en un intento de atraerse el mayor número posible de fieles. A causa de esta tendencia de la Iglesia cristiana a asumir como propios otros cultos diferentes al suyo se habla del *sincretismo* ritual de esta religión. Y es precisamente este carácter sincrético, o de absorción, el que determinó la pervivencia de muchos ritos de origen

pagano en las celebraciones cristianas, cargados de un simbolismo que nada tiene en principio que ver con ellas y que, pese a que después la Iglesia trató de erradicarlos, fueron adaptándose con el tiempo hasta llegar a integrarse perfectamente en el ciclo festivo cristiano.

EL RELATO DEL NACIMIENTO EN LOS EVANGELIOS

Se ha hecho antes referencia a la parquedad de noticias en los relatos evangélicos sobre el nacimiento de Jesucristo y las circunstancias en que éste tuvo lugar. A partir de esos datos, tan escasos, apenas se puede dotar de contenido una fiesta: la imaginación del hombre y la devoción popular necesitan elementos fantásticos y maravillosos sobre los que centrar sus celebraciones, por lo que en este caso se recurrió a las narraciones contenidas en otros libros, no muy posteriores a los *Evangelios* propiamente dichos pero nunca admitidos como sagrados por la Iglesia: los *Evangelios Apócrifos*.

Estos libros tuvieron una difusión amplísima en la Edad Media y sus relatos gozaron de gran popularidad. En relación con la Navidad, los que más información proporcionan son el *Protoevangelio de Santiago* (que se consideraba escrito por Santiago el Menor), el *Evangelio del pseudo-Mateo* y los evangelios *Armenio* y *Árabe de la Infancia*.

En ellos aparecen elementos de los que nada dicen los Evangelios canónicos, pero que, aun así, han pasado a ser consustanciales de las fiestas navideñas: entre ellos, la gruta o portal donde María dio a luz en Belén, que se inundó de luz radiante en el momento en el que entró la Virgen; los ejércitos celestiales de ángeles que cantaban glorificando al recién nacido; el buey y la mula que le daban calor; el número y nombre de los Reyes Magos; su llegada milagrosa desde Persia a Belén en pocas horas, siguiendo el resplandor de una estrella que se detuvo ante la gruta...

Se narran también leyendas menores sobre las circunstancias que rodearon el nacimiento y la vida del Niño-Dios: la luz de su cuna; las maravillas que obraban sus pañales, que curaban enfermos y se conservaban intactos en el fuego; la presencia de las parteras en la gruta, que acudieron a la llamada de José y dudaron sobre la virginidad de María; y también los milagros hechos por el niño al poco tiempo de nacer, como el de dar vida a doce pajaritos que había hecho con barro.

Alrededor de todos estos sucesos maravillosos se fue configurando un complejo ritual que ha dotado a estas fiestas de una marcada personalidad. La unión de símbolos propiamente cristianos con otros de origen ancestral, la ubicación de sus celebraciones en el cambio de año (tanto cronológico como solar), el carácter íntimo que tradicionalmente han impuesto a estos festejos las propias condicio-



*Sagrada Familia con Jesús Niño,
de la exposición de belenes en la Sala Barbasán, 1996*

nes del clima de estas fechas, etc., son algunos de los aspectos que se conjugan para hacer de la Navidad un tiempo especial en los países de tradición cristiana y, más recientemente, en otros que no lo son pero que están fuertemente influidos por el predominio cultural y económico de Occidente.

— LA —
NAVIDAD

TRADICIONAL
EN ARAGÓN



Todavía se pueden rastrear en los pueblos de Aragón las formas de celebración tradicionales de la Navidad. Los etnólogos han recogido una serie de costumbres que, sin diferenciarse demasiado de las de otros muchos lugares de España y aun de Europa (puesto que las raíces de esta fiesta son comunes a todos ellos), presentan en Aragón matices peculiares.

Quizá como en ninguna otra fiesta del año se funden en la Navidad elementos religiosos y litúrgicos con otros profanos y lúdicos, e incluso con algunos de origen remoto cuya simbología nos acerca a un estadio de relación primordial entre el hombre y la Naturaleza. Producto de esa conjunción de factores, los festejos navideños muestran una gran riqueza y complejidad de manifestaciones, que requieren un análisis detallado y atento para ser correctamente comprendidos.

Frente a la aséptica forma en que actualmente se viven las fiestas, meras fechas en rojo en el calendario que se suelen interpretar como jornadas de descanso en el trabajo, antiguamente las fiestas se preparaban con muchos días de antelación: se disponía el ánimo a vivirlas como tiempo especiales, que significaban una ruptura de la rutina pero no para descansar, sino para celebrarlas con la solemnidad requerida. Se elaboraban las comidas o dulces propios de la ocasión (que no se consumían en ninguna otra época del año), se arreglaba la casa con especial esmero, se dejaban a punto los mejores trajes...

En el caso de la Navidad, esta anticipación venía marcada, además, por una serie de fiestas “menores” que se sucedían desde finales de noviembre y en cuyas celebraciones se advierten ya rasgos que caracterizan a las festividades navideñas: entre ellos, y de modo muy especial, el protagonismo de los niños.

ADVIENTO Y SANTOS PATRONOS DE NIÑOS

Estas fiestas que preludian la Navidad están dedicadas a santos considerados, tradicionalmente, patronos de la infancia: Santa Catalina (25 de noviembre), San Andrés (30 de noviembre), San Nicolás (6 de diciembre) y Santa Lucía (13 de diciembre). Las dos santas (además de su condición de protectora de hilanderas y modistas, la primera, y de abogada para las enfermedades de la vista, la segunda) extendieron su patronazgo sobre las niñas en general, mientras que San Andrés y San Nicolás lo hicieron sobre los niños.

En los respectivos días de cada santo, los niños o las niñas salían a pedir, casa por casa, colaboración para celebrar la fiesta (lo que se llama hacer una *cuestación*), a veces cantando coplas y tocando rudimentarios instrumentos. Los vecinos les daban dulces, golosinas, nueces o frutas, y a veces regalos un poco más “consistentes” (longanizas, chorizos, jamón...), e incluso algo de dinero, con todo lo cual organizaban por la tarde una merienda.

San Nicolás es, entre los citados, el santo protector de los niños por excelencia. En el relato legendario de sus milagros aparece siempre como defensor de la infancia: se le atribuye, por ejemplo, la salvación de tres niñas que iban a ser vendidas como esclavas porque sus padres no tenían medios para subsistir, y a las que el santo entrega, sin ser visto, tres bolsas llenas de oro; y también es famosa la narración según la cual habría devuelto la vida a tres niños a los que un carnicero había cortado en rodajas y puesto en salmuera. Por su vinculación con la infancia, que se tradujo en la celebración popular de su fiesta en



*San Nicolás. Miniatura del libro
Officia quotidiana, impreso en Zaragoza
en 1500 (Biblioteca Nacional)*

muchos lugares de España (aunque ahora se haya perdido en la mayor parte de ellos) y de Europa, la figura de San Nicolás derivó en la del actual Santa Claus (deformación del holandés Sante Klaas) o Papá Noël (“Papá Navidad”), muy arraigada en la cultura anglosajona y modernamente —y cada vez más— también en la nuestra.

En relación con la fiesta de San Nicolás, pero también con la de los Santos Inocentes, se celebraba antiguamente en muchos lugares la fiesta denominada “del obispillo”, de la que se hablará más adelante.

LLENAR CAPACETAS Y MATAR AL GALLO

Las cuestaciones de los niños por San Nicolás eran frecuentes en Aragón, como en muchos otros lugares de España, y así se realizaban, por ejemplo, en Santa Cilia de Jaca (Huesca), donde los chavales iban recogiendo lo que los vecinos querían darles, mientras cantaban esta canción:

*San Nicolás está en las puertas
aguardando las respuestas;
si nos dan o no nos dan,
la gallinita lo pagará.*

*Las puertas son de pino,
las otras de carrasca,
que nos guarden buenas magras
para el día de la Pascua.*

*Ángeles somos y del cielo venimos;
cestas traemos, buevos pedimos.
Baje usted, señora, no sea rara,
que también recogeremos
alguna magra.*

En Biel y El Frago (Zaragoza) también cantaban los niños una canción similar, mientras iban recogiendo por las casas tortas, dulces, longanizas y chorizos para la merienda, que guardaban en capazos.

En estas localidades, además, se celebraba para San Nicolás una curiosa fiesta llamada “la matanza del gallo”. En la víspera por la noche se encendía una hoguera con leña y ramas recogidas por los niños; al día siguiente, el recorrido por el pueblo pidiendo y cantando iba presidido por uno de los chavales que portaba un palo largo rodeado de ramas: sobre él habían atado un gallo que días antes habían comprado entre todos. Por la tarde se reunían para la merienda, en la que se daba buena cuenta de las ofrendas de los vecinos; pero antes de eso tenía lugar el “juego del gallo”, que Luis Miguel Bajén y Mario Gros relatan, para la localidad de Biel, de esta forma:

«Se colocaba al animal en un agujero dejando sobresalir su cuello. A cada niño se le vendaban los ojos, se le daba tres vueltas y se le permitía intentar matar al gallo con una esforacha (herramienta para peinar el lino o el cáñamo). Si a los tres golpes no conseguía esgargamarlo (degollarlo)

se le daba la oportunidad al siguiente. Una vez cortada la cabeza del gallo se rifaba entre los asistentes y a continuación se merendaba.»

Festejos similares existían en El Frago, Uncastillo y Sádaba (donde, para el día de Santa Catalina, los niños gritaban: «¡Una limosnica p'a Santa Catalina!», a lo que respondían los vecinos: «¡Santa Catalina no come!», y replicaban los chavales: «¡Pero comemos nosotros!»), así como en Montalbán (Teruel). Esta fiesta del gallo, unida a la del obispillo y a la petición de comestibles por las casas, fue también común en muchos pueblos de Navarra.

LA TRONCA DE NADAL

Pero la fiesta grande del ciclo navideño es la Nochebuena, la conmemoración de la fecha en que, según la Iglesia acabó por fijar, había nacido Jesús.

Los preparativos de la Nochebuena podían llegar a iniciarse con varios meses de antelación, cuando los hombres iban a cortar leña al monte para el invierno y reservaban para esa noche el tronco más grande que podían encontrar, siempre que fuera de madera buena y resistente: olivo, almendro, noguera, carrasca o quejigo. Porque una de las tradiciones que en otros tiempos estuvo más extendida en los pueblos aragoneses —y que todavía perdura en algunos de ellos, especialmente en el Pirineo y en determinadas comarcas de Teruel— fue la de la *tronca* o *toza* de Navidad.



Aserrando madera. Detalle del tapiz Capricornio, de la colección de La Seo de Zaragoza

Tronca, tronc, troncada, toza, tizón, tió, choca, zoca, pullizo, rabassa, corniza o cabirón; casi en cada pueblo existe una forma peculiar de llamar a este gran tronco que era el protagonista principal de los ritos de la Nochebuena. Y aún más variadas que sus nombres son las formas de llevar a cabo esos ritos, aunque todas se pueden agrupar en dos modalidades fundamentales: una de ellas posee un carácter solemne, pues se trataba de encender con la toza un fuego que durase mucho tiempo, y para ello previamente se la bendecía y persignaba; mientras que la otra adquiría un sentido más lúdico, ya que el ritual consistía en golpear la tronca para que de su interior saliesen turrónes y golosinas, ante la alegría y el asombro de los niños de la casa.

Bendición y quema de la toza

La primera de esas dos modalidades citadas era la que se llevaba a cabo en los pueblos de los valles pirenaicos occidentales. El mismo día de Nochebuena, por la tarde, se colocaba la tronca en el fogaril; a veces, para llevarla hasta allí era necesario el esfuerzo de varios hombres, dado el tamaño de la pieza. En Gistain cuentan que en algunas casas colocaban un tizón tan grande que había que arrastrarlo con bueyes, por lo que incluso, en una de las casas, llegaron a hacer las puertas de la cocina del tamaño suficiente para que pudieran pasar por ella los animales que lo traían.

El gran tronco era tratado con sumo cuidado, casi con reverencia: en el monte, antes de proceder a cortarlo, se le pedía perdón. En la Nochebuena, cuando ya estaba en el hogar y había atardecido, se encendía para que comenzara a arder por una punta, que se dejaba dentro de la tizonera, mientras que el resto de la tronca quedaba fuera. Por la noche, al regresar de la Misa del Gallo, todos los miembros de la familia se colocaban a su alrededor y contemplaban solemnemente el ritual de su bendición.

El encargado de bendecir la tronca —con lo que se erigía en coprotagonista de la ceremonia— era el niño más pequeño de la casa o el varón de mayor edad. Las fórmulas utilizadas para ello eran muy diversas, aunque lo más común era hacer la señal de la cruz sobre la tronca bien con vino o poncho, bien con pan o torta, bien con ambas

cosas sucesivamente. Mientras la santiguaba, el “oficiante” iba recitando una oración o fórmula de bendición en la que se pedía protección para la casa, sus bienes y habitantes, rogando por su continuidad.

En pueblos como Guaso, Olsón y la comarca de la Fueva, se subía al chiquillo a caballo (“a carramanchón”) sobre la tronca y se le daba un trozo de torta de nueces (“pasti-llo”), con la que santiguaba al tronco mientras recitaba una oración que, con variantes, básicamente decía:

*Buen tizón, buen varón,
buena casa, buena brasa.
Dios bendiga los bienes de esta casa
y a los que en ella son.*

Luego bendecía la tronca y mordía la torta, y repetía acto seguido la operación mientras hacía la señal de la cruz sobre la tronca con un porrón o con la bota. En Olsón variaba el orden de la fórmula de bendición según se hiciera ésta con vino o con pan:

*Tronca de Navidad,
yo te bendigo con pan y vino:
buen tizón, buen varón...*

Y después:

*Tronca de Navidad,
yo te bendigo con vino y pan:
buen tizón, buen varón...*

Tras lo cual todos los presentes tienen que comer torta y beber de ese mismo vino. En Sobrepuerto no era un niño el que hacía la bendición, sino un hombre joven, quien echaba poncho dentro de un agujero practicado en la tronca mientras decía:

*Bebe tizón, bebe porrón,
tú por a boca y yo por o garganchón:
buen tizón, buena casa, buena brasa,
que Dios conserve los amos de esta casa.*

Pero el encargado de bendecir el tizón podía ser también, como queda dicho, el abuelo o varón de más edad de la casa, como ocurría en Escalona, Baraguás o Labata. En este último pueblo se decía durante la bendición:

*Tronca tronquera
serás en o fogaril
asta Nabidá benién.*

También podía bendecirlo el padre de familia, como en Aguascaldas.

La tronca se había elegido de madera dura y sana para que ardiera despacio: en algunos lugares debía durar toda la noche (Ansó, Agüero, Bailo, Ena, Bolea, Artieda, Rivas); en otros, varios días hasta que se acabara (La Fueva, Pintano), hasta Año Nuevo (Isuerre, Longás, Olsón), hasta Reyes (Aragüés del Puerto, Lanaja)... ¡o incluso hasta la Candelera! (Sobrarbe, Baraguás). Para que durara más



Adoración de los Magos, *pintura mural románica procedente de Navasa y conservada en el Museo Diocesano de Jaca*

tiempo encendida, en algunos lugares se iba cubriendo el rescoldo con ceniza.

Luego sus cenizas se recogían y guardaban porque tenían una influencia benéfica sobre muchas cosas: se unían a la simiente cuando llegaba la siembra, para que hubiera buena cosecha; se esparcían por los campos para prevenir las plagas; se mezclaban con estiércol y abono como fertilizante; se aplicaban a los animales para evitarles enfermedades; se lavaba con ellas la ropa, porque eran las que más blanca la dejaban... Como elemento de protección de la casa y el ganado, y sobre todo frente a las tor-

mentas, se podía guardar además una *tozeta* o trozo de la tronca que no hubiera terminado de arder. También un pedazo de esta tronca podía ser usado como cuña del arado.

“Hacer cagar la tronca”

Esta segunda modalidad se realiza o realizaba en los pueblos más orientales de Aragón: Ribagorza, la Litera, Bajo Aragón, Matarraña y la zona de Calaceite, así como en algunos lugares de las Cinco Villas altas.

En este caso se elegía para la Nochebuena un tronco que tuviera uno o varios agujeros, porque por la noche, después de colocarlo en el hogar y sin que los niños se dieran cuenta, se introducían en él dulces, turrónes, golosinas o incluso alguna moneda. En algunos lugares, cuando estaba todo preparado, se tapaba la tronca con un saco.

El padre de familia o alguna persona mayor enviaba fuera de la cocina a los niños, diciéndoles que tenían que ir a mojar las tenazas del fuego o algún palo en agua, o bien a rezar a otro cuarto; mientras los pequeños estaban fuera, se colocaban los regalos que iba a “cagar” la tronca y, cuando volvían, se les decía que la golpearan fuerte con las tenazas o el palo. Los niños, ilusionados, daban fuertes golpes a la tronca mientras cantaban:

*Tronca de Nadal
caga turróns y pixa vi blanc.*

En algunos pueblos de Huesca, como Tamarite de Litera, la canción era más larga:

*Tronca de Nadal
caga turrons y pixa vi blanc.
No cagues arengades
que son salades;
caga turrons,
que son ben bons.
Caga tió,
que si no et donaré
un cop de bastó.*

Los chavales contemplaban pasmados cómo al golpear la tronca iban saliendo golosinas; volvían a salir fuera, a rezar o a mojar los palos y tenazas, y nuevamente se daban golpes, se cantaba la canción y la tronca “cagaba” más regalos. Así una y otra vez, hasta que de su interior sólo salía carbón (Camporrells), una cebolla (Fabara) o virutas de serrín, señal de que ya no le quedaba dentro nada más y de que “ya le estaban saliendo las tripas” (Tamarite de Litera).

La tronca, en general, se encendía para que ardiera por uno de sus lados y después de que hubiera vaciado su contenido se dejaba consumir al fuego totalmente, procurando que durase toda la noche; pero también podía dejarse simplemente sobre el suelo, sin quemar, de forma que a veces el mismo tronco se guardaba de un año para otro.

En los pueblos de la comarca del Matarraña este ritual se podía hacer también en la mañana de Navidad. Encendido por un extremo y cubierto por una piel o una manta, el tronco recibía los golpes que los niños le propinaban mientras cantaban la fórmula para hacer aparecer los regalos. En algunos lugares, como Mazaleón y Valderrobres, se cantaba:

*Fum, fum, fum
puja xaminera amunt
que vindrá un capellà,
nos darà peixet i pa
i una carbasseta de vi
per a fer un bon camí.*

[Humo, humo, humo,
sube por la chimenea,
que vendrá un cura
a darnos pescadito y pan
y una calabacita de vino
para hacer un buen camino.

*Ja venen bous i vaques
i pollastres en sabates
i capons en sabatons:
cantem, cantem, minyons,
que la tía fa torrons.*

Ya llegan bueyes y vacas
y pollos con zapatos
y caones con zapatones:
cantemos, cantemos, chicos
que la tía hace turrone.

*Tronc de Nadal
caga torrons
i pixa vi blanc!*

¡Tronco de Navidad,
caga turrone
y mea vino blanco!]

Existe incluso una modalidad (que se realizaba en Robres y comarca, en el Alto Aragón) que podríamos llamar “mixta”, puesto que combinaba la solemnidad del rito de su bendición y encendido con la aparición de regalos y turrone que salían de su interior. En ese caso era el jefe de la familia quien, tras arrimar el tronco al fuego, lo bendecía



Niños golpeando la tronca en Vilarué

y rociaba con un chorro de cazalla, con lo que se producía un fagonazo, mientras decía:

¡Cabirón, cabirón, caga turrón!

Momento en el que se descubría que el cabirón había dejado barras de turrón junto al fuego. El cabirón quedaba ardiendo lentamente en el hogar y se procuraba que durase todas las Navidades.

En muchos otros lugares no se bendecía la tronca, ni se sacaban de ella regalos; pero sí era costumbre colocar un gran tronco en el hogar para esa noche o, como mínimo, una gran cantidad de leña que diera un buen fuego. Inclu-

so después de la llegada de las cocinas de butano, en algunos pueblos se encendía el hogar en Nochebuena porque no podía concebirse una cena en esa fecha que no hubiera sido cocinada a fuego de leña.

Simbología de la tronca

Un rasgo común a todas las modalidades citadas es su carácter hogareño e íntimo, tan propio de las fiestas de invierno: alrededor de la tronca se congregaba la familia, al calor de sus llamas se daba buena cuenta de la cena y de la *colación* (de la que luego hablaremos) y con su presencia en la casa se daba principio a la Navidad.

La costumbre de encender un gran leño en Nochebuena estaba extendida antaño por todo el Pirineo, Norte de Cataluña, valles vascos y navarros y algunas comarcas gallegas, pero también (aunque con diferencias notables) en muchos otros lugares de España y de Europa.

El rito de su encendido se ha interpretado de varias maneras. En primer lugar, y en relación con la fecha en que tiene lugar, muy cerca del solsticio de invierno, puede responder al deseo del hombre de mantener viva la luz del sol, tan tenue y débil en esa época; encendiendo fuegos y procurando que aguanten durante el mayor tiempo posible se intenta emular al astro rey, “animarle” a que vuelva a brillar con fuerza, trasladar su luz al interior del hogar y guardarla en él en tanto el sol no vuelva a calentar con

más bríos. Es la única respuesta que el hombre es capaz de dar ante el dominio del frío y la oscuridad en el invierno.

También se ha asignado a este rito un carácter regenerador de la vida, que vuelve a iniciar por estas fechas su ciclo una vez más: el árbol, derribado y quemado, volverá a reverdecer con las semillas porque en el momento de la siembra se mezclarán con ellas sus cenizas. La costumbre de “hacer cagar a la tronca” también se puede poner en relación con este deseo de regenerar la Naturaleza, forzándola a que vuelva a dar frutos: en pleno invierno, cuando los árboles están secos, llega un momento mágico en el que comienzan a dar abundancia de regalos y golosinas.

Vinculada a la idea de regeneración de la vegetación y la Naturaleza se encuentra la de la conservación y permanencia de la casa y de su estirpe: es el abuelo o el niño quien realiza la bendición de la tronca, pidiendo para la familia “buen varón” y “buen tizón”, es decir, buena descendencia y un hogar, eje fundamental de la casa, con un buen fuego. El hecho de santiguar la toza con vino abunda en este mismo sentido, pues el vino ha simbolizado, desde la Antigüedad, la juventud y la vida eterna.

Rito privado, familiar, pretende asegurar un nuevo año próspero y venturoso para todos los miembros de la casa y para su hacienda. Conserva rasgos del culto al fuego del hogar, símbolo de los antepasados y de los dioses domésticos o *lares*, como se les llamaba en Roma.



Árboles cubiertos de nieve en el Coll de Ladrones (Huesca)

Ese deseo de perpetuación de la vida y del fuego del hogar queda simbolizado en algunos lugares mediante la costumbre de encender la tronca de Navidad con un trozo de la del año anterior, guardado en la falsa de un año para otro: el leño viejo pasaba su fuego al nuevo, manteniendo viva la llama hogareña.

La bendición y quema de la tronca de Navidad siempre fue vista por la Iglesia como un rito pagano. Ya en el siglo

VI San Martín de Dumio, obispo de Braga (Portugal), condenaba esta costumbre por su clara vinculación con cultos propios del paganismo.

Sin embargo, en la mayoría de los pueblos de Aragón se da una interpretación bien distinta a la presencia del gran tronco en los hogares para la Nochebuena: se trata de dar calor al Niño Jesús, que acaba de nacer en mitad del invierno; o de dejar un fuego encendido para que María pueda, esa noche, calentar y secar los pañales de su hijo; o de proporcionar lumbre a los pastores que iban a ir a adorar al Niño. En Pintano se decía, además, que la luz que daba la tronca era la misma que había en el portal cuando nació Jesús. En muchas casas se dejaba el fuego encendido y una puerta abierta cuando la familia marchaba a la iglesia para oír la Misa del Gallo: si acaso pasaban por allí María y José con su pequeño, no les volvería a ocurrir como en Belén, que no hallaron posada donde poder quedarse ni calor con que proteger al recién nacido.

EL ÁRBOL DE NAVIDAD

En la tradición de la tronca navideña los estudiosos ven, asimismo, reminiscencias de antiguos cultos al árbol, muy anteriores al cristianismo. Se trataría de un deseo de “meter la Naturaleza en casa” con intención de regenerarla. En relación con esta simbología, y también con la ya mencionada del encendido de hogueras en el solsticio de invierno,



*Árbol de Navidad en la plaza
de Aragón, en Zaragoza*

se encuentra la figura, tan popular actualmente, del árbol de Navidad. Este árbol navideño suele ser de hoja perenne: pino o abeto, generalmente. Los árboles que no pierden sus hojas durante el invierno ya eran considerados símbolos de la vida eterna por los antiguos egipcios. En muchos lugares europeos se mantuvo, desde la época precristiana, esta misma idea; en ellos se extendió la costumbre de iluminar los árboles en invierno y cargarlos de frutos y regalos, con el deseo de asegurar un próximo y fecundo reverdecimiento de la Naturaleza.

El árbol de Navidad que conocemos hoy descende de ese “árbol de luz”, concretamente del alemán (*Lichterbaum*), que incorporó a esa primitiva costumbre otros rasgos de raíz cristiana: desde la época medieval, el 24 de diciembre se celebraba en tierras alemanas la fiesta religiosa de Adán y Eva, en el transcurso de la cual se colocaba un árbol al que en un principio se

colgaron manzanas (simbolizando el árbol del Paraíso), después obleas (que eran el signo de la hostia y por tanto de la redención de los cristianos) y finalmente dulces, estrellas y velas.

La tradición del árbol de Navidad, muy difundida en Alemania desde el siglo XVIII, pasó en el siglo siguiente a Inglaterra, donde se hizo tremendamente popular por influencia del esposo de la reina Victoria, el príncipe Alberto, que era alemán: la familia real decoró su árbol navideño con velas, caramelos y dulces de fantasía, colgados de las ramas mediante cintas de colores. El pueblo copió muy pronto esa iniciativa real, al igual que ocurrió en Estados Unidos, donde los colonos alemanes habían introducido también esta misma costumbre.

A mediados del siglo XX era un elemento extendido ya por todos los países occidentales, España entre ellos. La publicidad y los medios de comunicación de masas han uniformado nuestras costumbres y en la mayoría de los hogares (y oficinas, y tiendas...) el árbol, con sus lazos, espumillones, bolas y lucecitas, es hoy indispensable en las fiestas de Navidad.

LA MISA DEL GALLO

La Iglesia celebraba antiguamente la Navidad con tres misas: la primera, a medianoche, simbolizaba el nacimiento de Cristo como hombre; la segunda, a la hora del alba

—que era la que en tiempos se llamaba “del Gallo”—, representaba el nacimiento de Dios en el corazón de los cristianos; y la tercera, a mediodía, era la celebración de su nacimiento eterno en el seno de Dios Padre. Se trataba, asimismo, de una alegoría litúrgica sobre la Trinidad.

De estas tres misas, la que con el tiempo acabó atrayendo a un mayor número de fieles fue la primera, la de medianoche, pues la devoción popular fijó esa hora mágica como aquella en la que había tenido lugar la venida al mundo de su Dios. La Vigilia de la Natividad se celebraba muy solemnemente, entonándose los himnos de rigor y con una procesión en el interior del templo hasta el lugar donde se hallaba la figura del Niño Jesús, a la que adoraban sacerdotes y fieles.

Pero junto a ese carácter solemne se introdujeron otros elementos que la convirtieron en una celebración especial: en ella adquirirían un singular protagonismo los pastores, por ser quienes primero habían acudido a adorar al Niño-Dios, pero también porque en Navidad todos ellos se hallaban en casa y no en las tierras lejanas a las que marchaban con la trashumancia.

Vestidos con pellizas y acompañados de ejemplares de sus rebaños graciosamente adornados con cintas, lazos y cascabeles, hacían sonar instrumentos musicales y entregaban las ofrendas de su trabajo al recién nacido: quesos, corderitos, leche, etc.



*Anuncio del Nacimiento a los pastores, miniatura del
Officia quotidiana, libro impreso en Zaragoza en 1500*

En algunos pueblos (Uncastillo, Biel) se canta en esta fecha y en las demás señaladas del ciclo navideño una *Misa Pastorela* en la que interviene todo el pueblo, con acompañamiento de zambomba, pandera, castañuelas, hierros, armonio y botellas de añís. Antiguamente, además, se tocaban carracas de cañas, tambores y violín.

En algunos pueblos como Biota y Sos del Rey Católico también se guarda memoria de estas misas, aunque ya no se interpretan. Sus protagonistas principales eran también los pastores, que podían pasar a adorar al Niño llevando cordericos vivos.

Otro momento especial en la celebración de esta misa era el de la Consagración, porque en ese instante los chiquillos hacían explotar vejigas de cerdo hinchadas, reservadas desde la matacía especialmente para tal ocasión, con lo que se organizaba un gran estruendo en la iglesia.

Esta costumbre estaba muy arraigada en el Alto Aragón, en pueblos como Castejón de Monegros o Azanuy, y también en algunas localidades de Teruel, como en Torrecilla de Alcañiz y Valjunquera, donde después de reventar las “bufas del gorrino” se cantaba:

*Lo pare que no te pa
la canalla, la canalla, la canalla
le balla;
lo pare que no te vi
la canalla ya dormí.*

En el Valle de Tena, según José Luis Acín, se situaban en el coro varias personas que sujetaban gallos durante toda la misa y, en el momento de la consagración, les apretaban el cuello para que gritasen, organizando un tremendo estrépito en la iglesia.

ANTIGUAS REPRESENTACIONES TEATRALES

La Iglesia, además de todo aquel ruido, permitió también durante un tiempo las representaciones teatrales que recreaban historias sobre el nacimiento de Jesús. De hecho, las primeras obras del género teatral en España son los denominados autos sacramentales, de origen altomedieval, cuya más antigua pieza conservada es el famoso *Auto de los Reyes Magos*. El rey Alfonso X *el Sabio*, en sus *Partidas*, concede autorización expresa a los clérigos para hacer representaciones «de la nascencia de Nuestro Señor Jesucristo, en que muestra cómo el ángel vino a los pastores e cómo les dixo cómo era Jesucristo nacido. E otrosí de su aparición, cómo los tres Reyes Magos lo vinieron a adorar».

A lo largo de la Edad Media fue frecuente la representación de estas piezas en el interior de los templos, aunque progresivamente la Iglesia se fue mostrando reacia a la introducción de gentes de la farándula en la liturgia; finalmente prohibió su presencia, sacándolas a los patios de las iglesias, de donde después pasarían a las plazas públicas.

En Aragón no se conserva ninguna de estas piezas, aunque sí hay referencias sobre su representación: en 1487 se llevó a cabo una en la Seo de Zaragoza, a la que acudieron los Reyes Católicos. En aquella ocasión se tiene noticia de haberse pagado a un matrimonio zaragozano por su participación en el oficio representando, junto con su hijo de

corta edad, a las figuras de la Sagrada Familia en la escena del Nacimiento.

En la catedral de Huesca, hasta el siglo XIV aproximadamente, se representó en el transcurso de la Misa de Navidad una curiosa pieza cantada (que tiempo después fue incorporada a la procesión del Viernes Santo) en la que siete voces blancas entonaban versos relacionados con las profecías sobre el nacimiento de Cristo. Algunos de ellos están extraídos de las églogas del poeta latino Virgilio, compuestas en el año 40 a.C., concretamente aquellos en que la Sibila Cumana (una famosa profetisa de Cumas, cerca de Nápoles) predice el nacimiento de un niño divino que traerá al mundo una nueva era.

H Odi- e * Chri- stus na- tus est : hó- di- e Salvá- tor

appá- ru- it : hó- di- e in terra canunt Ange- li, lætán- tur Ar- chánge- li : hó- di- e exsúl- tant justi, di- céntes : Gló- ri- a

in excélsis De- o, alle- lú- ia. E u o u a e.

Antífona del día de Navidad: «Hoy ha nacido Cristo, hoy ha aparecido el Salvador. Hoy cantan los ángeles de la tierra...»

LOS VILLANCICOS

Las canciones navideñas típicas son los villancicos. Originalmente esta palabra aludía en general a un tipo de composiciones líricas populares para ser cantadas en cualquier ocasión, no especialmente en Navidad. Formadas por varias coplas unidas por un estribillo, su denominación procede de “villano” y ese tono popular que los caracteriza no responde al hecho de que hubieran sido compuestos por el pueblo, sino a que sus autores remedan el habla, la música y el estilo populares. A mediados del siglo XIX, la palabra “villancico” pasó a hacer referencia exclusivamente a los cantos populares tradicionales de la Navidad.



*Adoración de los Magos, relieve en alabastro por
Damián Forment, siglo XVI (Museo Diocesano de Huesca)*

Pero las coplas de tema navideño para ser cantadas —muchas veces en el interior de las iglesias— abundaron desde finales de la Edad Media, alcanzando una gran popularidad en los siglos XVI y XVII, como atestiguan los cancioneros recogidos en varios lugares de España y las composiciones escritas por autores como Santa Teresa y Lope de Vega. En Huesca se recogió un documento datado en 1644 por el que se ordena pagar al Maestro de Capilla «por el trabajo [composición] y estampa [impresión en papel] de los villancicos de los años 1642 y 1643».

También en el siglo XVII está datado uno de tono erudito titulado *De esplendor se doran los aires*, que se conserva en el archivo de la basílica del Pilar y que ha sido objeto de polémica entre quienes defienden que en su composición musical se identifican aires de jota aragonesa y quienes niegan rotundamente ese extremo.

Los villancicos eran interpretados a menudo en las iglesias con acompañamiento de guitarras y laúdes y, sobre todo, con instrumentos de percusión: zambombas, tambores, almireces, castañuelas, panderos y panderetas, hierros y botellas. Era también costumbre, como lo sigue siendo hoy, cantarlos en las casas y, en la madrugada del día de Navidad, en muchos pueblos del Alto y del Bajo Aragón, en rondas de “despertadores” que recorrían las calles.

Los principales repertorios de villancicos tradicionales aragoneses, aún sometidos a recientes investigaciones para de-

terminar su auténtico origen y datación, se hallan recogidos en tres cancioneros: *Colección de cantos populares de la provincia de Teruel* (Miguel Arnaudás, 1927), *Cancionero musical de la provincia de Zaragoza* (Ángel Mingote, 1950) y *Cancionero popular de la provincia de Huesca* (Juan José Mur, 1986).

Son siempre composiciones simples, de melodía fácil que se memoriza con rapidez, y su texto hace referencia, obviamente, a los temas relacionados con el nacimiento de Jesús. En muchas ocasiones se aborda una cuestión anecdótica o jocosa que tiene que ver con el tema: el buey y la mula, los pastores, los ángeles, la estrella, el pesebre, los pañales... Algunos de ellos toman la forma de nana para dormir al niño. En Asín se canta un villancico que añade al final una bonita canción de cuna:

*Tiritando de frío
Jesús, Niño Dios,
nació en un pobre pesebre
por mi salvación.*

*Duérmete, niño mío
por la mañana,
que te canta la Virgen
nanita, nana.*

*Nana, nanita, nana,
nanita, ea;
mi Jesús tiene sueño,
bendito sea.*

Ana Abarca de Bolea ...

En el siglo XVII, época en que abundaban las obras teatrales sobre la Navidad (especialmente gracias a la producción de autores como Lope de Vega), Ana Abarca de Bolea, escritora y abadesa del monasterio de Casbas, compuso el *Baile pastoril al Nacimiento*, pequeña pieza dramática de tema navideño cantada, dialogada y bailable.

En ella un ángel se aparece a los pastores, que expresan su temor y sus dudas porque no saben si han entendido el mensaje angélico que acaba de dárseles; se lo preguntan a uno de ellos, Bras, que conoce bien las Escrituras, y él les anima a ir a adorar al Niño. Al final, en un canto en el que intervienen todos los personajes, se anuncia la marcha hacia el portal. He aquí la parte final de la obra, en la que se imita el habla rústica:

*Hoy ha nagido en Belén,
segunt el áncbel lo dixo,
porque haber paz en esta tierra
non puede sí no está Cristo.*

*Tened llastima, que nage
en noche de tanto frío,
que a los corazones plega
y los tiene empedernidos.*

*Vámoslo a ver y levemos
leña, queso, pan, crabitos
y lágrimas, porque beba,
que las estima el chiquillo.*

*Si con ramos y sonajas
hoy a Belén acudimos,
rajas habremos de hacernos
bailando con regocijo.*

*A alegrar el Niño, pastores,
vamos todos con ramos y flores
y hacedle la salva.*

*Y coged, del Sol de Justicia,
las perlas que vierte
en brazos del Alba.*

... y la Navidad

Ana Abarca de Bolea escribió otras obras de tema navideño, aunque ninguna participa ya de este carácter teatral, sino que son composiciones poéticas, entre ellas el *Romance al Nacimiento*, o musicales, como la *Albada al Nacimiento*. De esta última pieza reproducimos, por su gracia y por la aparición de giros en aragonés y de elementos propios de la Navidad, algunos fragmentos:

*Media noche era por filos,
las doce daba el reloch,
cuando ha nagido en Belén
un mozarret como un sol.*

*Nació de una hermosa niña,
virgen adu que parió,
y diz que dexó lo cielo
por este mundo traidor.*

*Buena gana na tenido,
pues no l'en agradejon
aquellas por qui lo fizo,
y bien craro lo veyó.*

[...]

*Dixón que, en trapos, su Madre
contentá lo embollicó,
y que estaba hermosa y linda
como un alma que es de Dios.*

*Entre un buey y entre una azembla
con muyto goyo nació,
aunque de ver tal soceso
diz que Habacuc se espantó.*

*El santo viello Chusepe
contento estaba, por Dios,
adu que antes estió triste
porque no trobó mesón.*

[...]

*Lo sabroso y lindo Niño,
aunque plora, ya ridió;
plora cuando no lo quieren
y ride a quien le quirió.*

[...]

*Toz la clàman buena noche;
dirálo la colación
y lo tizón de Nadal,
que ye nombrado tizón.*

*Diránlo los villancicos
y diránlo los cantors;
dirélo yo, que me enfuelgo
de repiquetiar la voz.*

EL BELÉN

De aquellas antiguas representaciones teatrales sobre el Nacimiento, que, como hemos señalado antes, pasaron con el tiempo a realizarse en la calle, quizá la última reminiscencia que nos queda sea la de los “belenes vivientes” que se organizan cada año en muchos de nuestros pueblos y ciudades, a modo de cuadros inmóviles que reproducen las escenas de la adoración de los pastores y/o la de los Reyes Magos. En la localidad zaragozana de Fayón se hace para Navidad una curiosa representación que consiste en que una pareja de jóvenes con un niño se visten de Virgen María, José y Jesús y recorren todo el pueblo pidiendo cobijo, sin encontrarlo en ninguna casa hasta que llegan a la Iglesia, donde los acogen.

En toda España, así como en otros países del sur de Europa, son muy populares los “belenes”, “pesebres” o “nacimientos” hechos a base de figuritas de barro, madera o —más recientemente— plástico. Este simulacro del paisaje bíblico en el que se sitúa tradicionalmente el nacimiento de Jesús tiene su origen, al parecer, en Italia en el siglo XIII, merced a una ocurrencia de San Francisco de Asís: el santo, en la Nochebuena de 1223, preparó una reproducción de la escena del Nacimiento con figuras de terracota sobre un pequeño paisaje en una gruta; la invención caló en la devoción popular, que se encargaría de propagarla posteriormente.

Lo cierto es que en algunos lugares de España, como en Mallorca, la difusión de los belenes se debió principalmente a los religiosos y religiosas franciscanos, quienes en el siglo XV comenzaron organizando en las iglesias escenas del Nacimiento fijas y con grandes figuras a modo de retablo, para pasar después a hacer reproducciones más pequeñas y más adecuadas a la devoción particular. En el momento en que pasan a ser conjuntos portátiles, con figuras móviles que se montan cuando llega la Navidad y se desmontan a su término, es cuando surge propiamente lo que conocemos por “belén”.

En la Corona de Aragón, la verdadera difusión del belén particular no se dio hasta el siglo XVIII, aunque los propietarios de belenes en esa época eran los religiosos y los miembros de las clases más acomodadas. Todavía en el siglo XX, la Nochebuena era una de las pocas ocasiones en que la gente de los pueblos podía entrar a las casas de los ricos, con el pretexto de ir a visitar el belén que en ellas se montaba cada año.

Además de las correspondientes a la Sagrada Familia en la gruta o portal de Belén, las figuras típicas de los belenes fueron desde muy pronto el buey y la mula, los pastores, los Reyes Magos, los ángeles anunciadores y, conforme fue pasando el tiempo, multitud de personajes que poblaban el paisaje del Nacimiento: artesanos, labradores, lavanderas, etc. Gente del pueblo que se representa en dos variantes



Belén en la Plaza del Pilar (Zaragoza, 1993)

principales: o bien procurando imitar el ambiente del relato bíblico, por lo que los personajes aparecen con atuendos de tierras palestinas, o bien el conjunto se adapta a la realidad geográfica del lugar en el que se monta y las figuras visten los atuendos propios de los tipos populares de la zona.

LA COLACIÓN

Antaño el día de Nochebuena era día de vigilia, por lo que se guardaba ayuno o se comía muy poco; la cena consistía todo lo más en sopa o algún tipo de verdura (habas, judías, cardo) y pescado, con preferencia por el bacalao.

Sin embargo, a partir de las doce de la noche la vigilia terminaba, por lo que la familia, al regresar a casa tras la Misa del Gallo, organizaba junto al hogar, en primer lugar, la bendición de la tronca y, acto seguido, la *colación*. Se trataba de una recena que compensaba por su abundancia el ayuno pasado durante el día.

Acerca de las variedades de platos y postres que componían la colación existen abundantes datos, de los que se extrae que entre los elementos más comunes en estas recenas estaban el cardo, “apañado” con bechamel, almendras y ajos; la longaniza y otros productos procedentes de la reciente matacía; el abadejo y bacalao al ajoarriero, en albóndigas o en *masetas* (con leche, harina y un poco de levadura); el capón o el pollo, buen vino y sopa cana (hecha a base de pan tostado, grasa de capón o chicharrones, leche y miel o azúcar, y que solía servirse como postre). En tiempos más recientes se ha generalizado el consumo de ternasco, besugo o pavo.

Como postre eran típicos del Alto Aragón los *empanañozos*, hechos con espinacas (*espinais*), cabello de ángel o calabaza, los *panillets* de almendras y miel, el *pastillo* (torta de pasta de almendras o de nueces y pasas) y las *neulas* o *nieblas* (obleas o barquillos), como se las llamaba en Teruel. En aquellos lugares donde la vigilia no se guardaba de forma tan rigurosa, la colación consistía generalmente en dulces o alimentos que no necesitaran cocinarse, turrón y vino quemado.



*Los turróns y guirlaches, postres navideños por excelencia
(cortesía de Pastelería Fantoba, Zaragoza)*

En muchos pueblos se hacían frutas de sartén especialmente para esta noche, como los *refullaus* de Erla, que eran tortetas a base de harina, aceite, azúcar y miel, a veces rellenas de confitura de calabaza, azúcar y canela o pasas y piñones. También se consumía en las Cinco Villas una modalidad de *fullatre* consistente en una torta amasada con miel y luego tostada, o bien hecha con miel, aceite, huevos y piñones. Son curiosos los *cascabillos* de Salvatierra de Esca, ciruelas pequeñas escaldadas y luego puestas a secar, y los *barbos* de Tauste, especie de empanadillas de masa escaldada y rellena de natillas, mermelada o *confitau*, que se freían en abundante aceite y se pasaban después por un plato con azúcar y canela.

También se sacaban a la mesa frutos secos, orejones de fruta, peras asadas, higos y pasas, pan blanco recién hecho, tortas de Navidad... En Maella era típica la almendra hervida en miel, que se tomaba caliente. Para beber era tradicional en muchos pueblos el *poncho* o ponche de Navidad, vino quemado con frutas (manzanas, membrillos, higos, pasas, ciruelas) y canela, que a veces se estrenaba rociando con la primera taza la tronca del hogar en el momento de su bendición.

Todas estas provisiones se habían ido preparando con mucha antelación: a veces la matacía del cerdo se hacía con vistas a procurar tener la despensa repleta para los días navideños; otras, se acudía a las ferias próximas a comprar

los animales que habrían de ser sacrificados: el 18 de diciembre había una en San Juan de Plan (“la ferietta de Navidad”), otra el 21 de ese mes en Huesca, donde abundaban los pavos pero también los capones, conejos, cabras, ternasco y vino. También había ferias por fechas navideñas en Alcañiz, Tamarite de Litera, Barbastro y Sariñena, Calasanz y Peralta de la Sal (“la fira dels tosinos”).

Los mazapanes se conocen en Aragón al menos desde el siglo XV (aunque probablemente sean más antiguos), como dulce hecho con una pasta de almendras majadas y azúcar. En Alcañiz existía la tradición de que el novio regalase a la novia en la Nochebuena una anguila de mazapán enroscada en espiral y adornada con papeles y plumas de colores. En Andorra de Teruel era costumbre regalar en las panaderías un gallico de masa para ese mismo día.

El turrón es uno de los postres navideños por excelencia. De origen medieval y probablemente alicantino —aunque parece ser que deriva de la repostería musulmana y judía—, en Aragón fueron famosos los de Tarazona y Borja, llamados *alajú* (palabra árabe que significa “como Dios”) y hechos con miel de romero, miga de pan y nueces; el de Campiel, hecho de mazapán y melocotón, y los muy variados que se elaboraban en Zaragoza, entre los cuales alcanzó singular popularidad el guirlache, a base de almendras, azúcar y miel. Antiguamente era frecuente que cerca de las fechas de Navidad aparecieran por los pueblos

los turroneiros ambulantes de Valencia y Alicante, excelentes artesanos de las variedades de turrón “duro” o de Alicante (con almendra partida) y “blando” o de Jijona (con almendra molida).

En la actualidad las variedades de turrones y postres (que, por supuesto, ya no se hacen en casa, sino que se adquieren en los comercios) han aumentado muchísimo, pero se sigue manteniendo la costumbre de no comerlos en otra fecha que no sea la Navidad.



Bodegón navideño con frutas de mazapán

NOCHEBUENA EN LA CALLE

No en todos los pueblos aragoneses tenía lugar esa gran colación que unía a los miembros de la familia alrededor de la mesa y junto al fuego después de pasada la medianoche. En muchos de ellos el lugar de reunión era la plaza, donde se encendía una gran hoguera a la que acudía la gente al salir de la Misa del Gallo. A su alrededor se entonaban villancicos, se comía y bebía y se celebraba una fiesta que dejaba así de ser exclusivamente familiar.

En Campo la hoguera se enciende al anochecer, con una gran cantidad de leña, de forma que pueda durar hasta Reyes; también son o eran considerables las de Coscojuela de Fantova y Monesma, así como en Artieda, donde los pastores salían con botos encendidos sujetos a largas palancas. En su rescoldo se recenaba y se asaban las viandas que se podían recoger: más frecuentes las patatas y cebollas que las longanizas y carnes, que sólo en tiempos recientes abundan en las casas.

En algunos pueblos, como en Lledó, se hacían cenas de hermandad para todos los vecinos, o bien las cuadrillas de jóvenes se reunían en alguna casa a hacer recenas que duraban hasta altas horas de la madrugada. Muchos otros salían a rondar cantando villancicos, parando en cada casa a comer algo y probar los ponchos que se habían elaborado para esa noche. En Oliván los mozos recorrían las calles tocando campanillas y bebiendo el poncho que les ofrecían. Las rondas podían alargarse hasta el amanecer, en un incesante jolgorio animado por guitarras y bandurrias o por instrumentos algo más “escandalosos”: esquilas, coberteras, calderos, trucos...

En La Mata de los Olmos existía una curiosa organización de mozos cuya finalidad era costear entre todos los festejos organizados por los jóvenes, para lo cual se pagaba una cuota. Perteneían a ella todos los varones solteros desde los catorce o quince años y hasta que se casaban.



Hoguera de navidad en Castelserás (Teruel)

José Alberto Pellicer refiere así la fiesta que organizaba para Nochebuena esta especie de “cofradía”:

«En la vigilia de Navidad se compraban dos chotos castrados, los más grandes y gordos que se encontraban [...]. Con los cencerros más grandes, les hacían dar unas cuantas vueltas al pueblo. Después de la Misa del Gallo se pre-

paraba una gran cena en casa de los mayorales, que eran elegidos por el resto o bien se ofrecían a serlo. Al servicio de los mayorales, para cocinar, estaban los mozos más viejos, aunque más que cocinar lo que hacían era mandar a los nuevos cosas casi imposibles de realizar y gastarles bromas pesadas. Estos mozos veteranos, a los que se llamaba “guisadores”, eran los encargados de preparar la leña y el vino. Se cenaba opíparamente y si sobraba algo el día de Año Nuevo se repetía la fiesta. Los mozos que se iniciaban al escote salían en la Misa del Gallo a sacar las hachas de cera.»

BRUJAS Y SUPERSTICIONES

No sólo son los mozos los que salen a rondar por las calles en la Nochebuena. En muchos pueblos es bien sabido que esa misma ocupación tienen esa noche las brujas y los demonios; obviamente, estos últimos no salen por ahí a cantar ni a repartir alegría, aunque sí —a su modo— a divertirse.

Los momentos cruciales del calendario solar, como los solsticios, son especialmente propicios para que ocurran todo tipo de sucesos maravillosos; se da rienda suelta al miedo y también a la esperanza. Nos encontramos en un espacio de tiempo límite, que abre a la vez la puerta al pasado y al futuro, puerta por la que pueden asomarse seres que no pertenecen a este mundo, o al menos no del todo: las brujas.

Son muchos los lugares que consideran la Nochebuena como una de esas fechas en que las brujas pululan por el mundo haciendo de las suyas, especialmente a partir de las doce de la noche:

*De las doce a la una anda la Mala Fortuna
y de la una a las dos anda el Alma de Dios.*

Por eso era peligroso el rato en el que la gente salía a Misa del Gallo, sobre todo si en la casa se quedaba solo alguno de sus miembros, generalmente los más desvalidos: niños o ancianos. Pero tampoco se libraban de las malas influencias los animales. Era costumbre, pues, poner a los recién nacidos medallitas de plata o algún tipo de amuleto que los salvaguardase de cualquier mal, y a las caballerías saquitos de sal en el collar o en la cabezana.

En varias localidades del Norte de Huesca (Naval, Canfranc, Tramacastilla de Tena, Broto) se cuentan historias que encierran un suceso inexplicable —o que se explica recurriendo a la acción de las temidas brujas— y que a caban siempre con un daño para algún ser indefenso o al menos con un tremendo susto: mulos que mueren cada año en la misma noche sin motivo aparente, niños a punto de ser robados por la gatera de la puerta, gatos negros que reciben golpes de los que al día siguiente se duele una anciana, animales de ojos brillantes que aparecen en el monte o en el pueblo y a los que no afectan los disparos...



*Chimenea con espantabrujas en
San Pedro de Larrede (Huesca)*

Historias como éstas se contaban al amor del fuego de la tronca navideña, después de la colación, casi hasta que se veía clarear; y aunque las más de las veces el narrador imprimía al relato un tono de suficiencia, ironizando sobre el susto que se había llevado la víctima, lejos de disminuir el temor ante aquellos sucesos lo que se conseguía era más bien aumentarlo.

La propia tronca, en general, y sobre todo sus cenizas, era usada como amuleto contra los malos espíritus o los maleficios de brujas: así ocurría, por ejemplo, en Sos del

Rey Católico o en Aragüés del Puerto, donde se hacía sobre el tronco la señal de la cruz diciendo:

*Cruz, marruz;
levanta las alas
al Niño Jesús.*

Y también se decía: «Suban por la chimenea los malos espíritus». La chimenea era el conducto preferido por las brujas y otros seres maléficos para sus idas y venidas, aunque en algunos lugares era precisamente por allí por donde entraba la Virgen María a calentar los pañales de su hijo en las casas donde había una toza encendida (Cinco Villas altas).

De estas creencias proceden costumbres como la de decorar los hogares con acebo, planta que gracias a sus hojas punzantes ahuyenta a los malos espíritus y que, además, trae buena suerte porque da fruto en el invierno.

ADIVINACIONES, JUEGOS

La Nochebuena no es la única fecha en que pueden ocurrir sucesos maravillosos: también son días propicios todos aquellos que supongan el final de un ciclo y el inicio de otro, como la Nochevieja y Año Nuevo. En general, los llamados “Doce Días” que median entre la medianoche del 24 de diciembre y la misma hora del 5 de enero —es decir, aquellos en los que se concentran las fiestas navideñas y

que en algunos países se denominan también “calendas de la fiesta del sol”—, constituyen un periodo singular en el que se mezclan celebraciones con un objetivo común: cerrar una etapa, expulsando de ella todo lo negativo, y abrir otra nueva procurando por todos los medios que sea favorable y próspera.

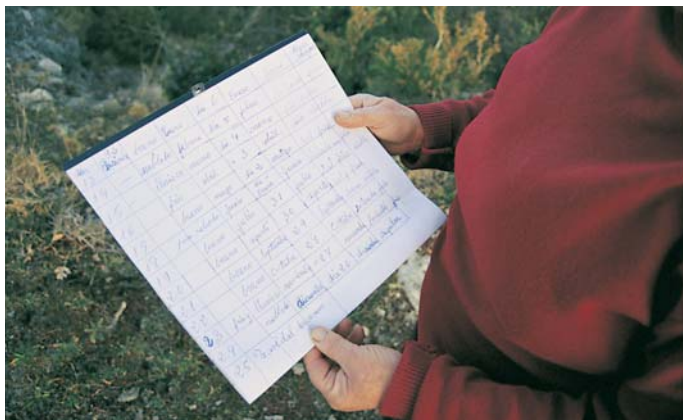
En ese sentido se han interpretado aquellos ritos en los que aparece como elemento principal el ruido: las “esquelladas” o “esquilladas” que se organizaban en lugares como Benasque la semana anterior a la Navidad —en que los niños recorrían las calles pidiendo aguinaldo y tocando esquilas, latas y cacerolas, amén de un cuerno que emitía un penetrante sonido— se consideran uno de los ejemplos más expresivos del deseo de ahuyentar los malos espíritus o los aspectos negativos del año viejo. Un sentido similar se ha atribuido a la costumbre, ya citada, de reventar vejigas de cerdo hinchadas al alzar la Hostia durante la Misa del Gallo.

Este periodo crítico —los doce días que van de la Navidad a la Epifanía— era el más propicio también para hacer adivinaciones y tratar de averiguar lo que el futuro deparaba. La suerte, en las sociedades rurales tradicionales, iba a depender en buena parte del clima: saber si éste sería favorable o no en el nuevo año era un anhelo generalizado no sólo en los pueblos aragoneses, sino en los de muchos países de Europa, donde se llevaban a cabo prácticas adivinatorias similares.



Esquellada en Cbistau (Huesca)

En Aragón existió la costumbre de *fer as calandras*, rito muy extendido para predecir el tiempo del año entrante. *As calandras* eran esos días que iban de Navidad a Año Nuevo o bien los comprendidos entre el 13 de diciembre (Santa Lucía) y Nochebuena; o, incluso, ambos a la vez, siempre dejando “descansar” el día de Navidad, en el que se decía que las calandras “daban la vuelta”. El rito consistía en atribuir el clima que hacía cada uno de esos doce días a los doce meses del año entrante: si el día 13 llovía, llovería en enero; si el 14 nevaba, en febrero nevaría; si el 15 hacía viento, ventoso sería marzo...



La costumbre de fer as calandras estaba muy extendida por los pueblos pirenaicos. Calandras en Campodarbe (Huesca)

En los lugares donde se tenían en cuenta las dos “calandras”, las primeras se decía que correspondían a la secuencia de los meses de enero a diciembre, mientras que en las segundas se contaba a la inversa, es decir, de diciembre a enero. Si los pronósticos entre ambas predicciones no coincidían, lo único que se podía hacer era discutir: unos defendían que las “calandras buenas” eran las primeras, y otros que las segundas. También había lugares en los que este rito se desarrollaba a partir del día primero de enero.

Otra modalidad de predicción meteorológica muy extendida consistía en colocar, sobre las brasas de la chi-

menea o bien al sereno, doce gajos de cebolla en cuyo interior se echaba un puñadito de sal: cada gajo correspondía a un mes del año, del que se sabría si iba a ser lluvioso o no viendo si, al cabo de un rato o a la mañana siguiente, la sal se había licuado o permanecía seca.



Predicción del tiempo con gajos de cebolla en Cornudella (Huesca)

La costumbre de llevar a cabo prácticas adivinatorias en esta época del año ha sido puesta en relación con la permisividad que hacia los juegos de azar existía en Roma durante las Saturnales, única época del año en la que se permitían tales juegos. Al parecer, en su origen no eran una mera diversión, sino que constituían un acto ritual en

el que se establecía una estrecha conexión con los dioses; y la fortuna de los jugadores, lejos de corresponder al azar, se interpretaba como un signo de la voluntad divina.

Según esta opinión, nuestro actual juego de la lotería navideña sería el último recuerdo, ya completamente desvirtuado, de los arcaicos juegos—oráculo con los que se intentaba averiguar cuál iba a ser la fortuna de cada uno durante el año que comenzaba.

FELICITACIONES

También se dice que de las fiestas solsticiales de la Roma clásica procede la tradición de intercambiar felicitaciones y regalos. De los regalos hablaremos más adelante, pero sobre las felicitaciones nos detendremos un momento.

El hecho de expresar de viva voz o por escrito (por medio de las tarjetas navideñas) nuestros deseos de felicidad a los seres queridos para Navidad y Año Nuevo constituye quizá la manifestación más consciente de ese sentido último que esconden todos los ritos propios de estas fechas: procurar que el nuevo ciclo que comienza nos sea benigno.

En la Roma imperial esta expresión se plasmaba sobre monedas en las que aparecía, además del nombre o la efigie del emperador que gobernase, la cabeza del dios Jano (dios de las dos caras que, precisamente porque miraba a la vez hacia adelante y hacia atrás, era el que presidía el mes

con el que se iniciaba el año) y la inscripción “A.N.F.F.”, es decir, *Annum novum faustum felixque [tibi sit]*, que significa “Que el año nuevo sea para tí afortunado y feliz”.

Nuestras actuales tarjetas de felicitación navideña tienen, sin embargo, un precedente menos remoto: la primera de que se tiene noticia se imprimió en Estrasburgo en 1476; del año siguiente data otra en la que, junto a la imagen del Niño Jesús, aparece impresa una frase de felicitación de Año Nuevo. En principio se realizaron a partir de grabados sobre madera de boj, estampados en papel y coloreados a mano, en los que abundaban las representaciones del Niño Jesús con motivos florales.



Estampa navideña coloreada (hacia 1900)

Pero la difusión popular de estas tarjetas se produjo a lo largo del siglo XIX, cuando comenzaron a ser repartidas por los empleados públicos y los artesanos entre sus clientes, a la vez que se les pedía el aguinaldo. En la actualidad, el envío de tarjetas a los familiares y amigos se debe más que nada a la influencia —cómo no— de la tradición anglosajona. Incluso se ha popularizado la denominación *christmas*, simplificación de las *Christmas cards* (tarjetas navideñas) inglesas y americanas.



Felicitación navideña de los vigilantes zaragozanos, los populares "serenos" (1927)

EL 25 DE DICIEMBRE

El día de Navidad era costumbre celebrar una comida extraordinaria, particularmente en aquellos pueblos donde se guardaba la vigilia de Nochebuena hasta el alba sin que tuviera lugar la colación, sino una cena más bien frugal. Pollo o conejo, ternasco o cabrito eran los ingredientes básicos de estas comidas. Por la tarde era frecuente que salieran los mozos a rondar por las casas, pidiendo a los vecinos lo que éstos quisieran aportar para poder organizar luego una merienda. En algunos lugares, como Embún, se hacían también rondallas y bailes.

En determinadas localidades del Bajo Aragón, como Aguaviva y Nonaspe, se celebraba en esta fecha la fiesta de los quintos. Los mozos plantaban un pino en la plaza y construían junto a él una cabaña donde hacían chocolate, que luego ofrecían a todo el que pasaba.

También en Aguaviva, como en Cretas y Maella, los chavales salían a primera hora del día de Navidad a pedir en las casas de sus parientes regalos, consistentes generalmente en golosinas o dinero.

Esta costumbre, denominada *cabo de año* o *cap d'any* (en Maella se decía «¡Ave María, cap d'any! Si no, le furto la clau del pany»), además de para San Nicolás, tenía lugar también para los Santos Inocentes y Año Nuevo, como veremos.

LOS SANTOS INOCENTES

En estrecha relación con las fiestas infantiles a las que se ha hecho referencia al tratar la fiesta de San Nicolás, se encuentra la celebración de los Santos Inocentes. La Iglesia conmemora en esta fecha la muerte indiscriminada de niños ordenada por Herodes: informado por los Reyes de Oriente del nacimiento de un Niño-Dios que sería rey de Israel, quiso de este modo librarse de aquel recién nacido que representaba para él un peligro. Pero el origen del elemento característico de esta fiesta, es decir, las bromas que las víctimas han de soportar por ese día, no tiene nada que ver con el relato evangélico de aquella masacre.

Estas bromas, simples e ingenuas la mayoría de las veces, son la última manifestación de un tipo de festividades propias de estas fechas que se celebraban en la Edad Media y cuyos antecedentes remotos se encuentran, nuevamente, en las Saturnales romanas. Se trata de la “fiesta del obispillo”: los muchachos cantores de las catedrales europeas solían elegir para el día de los Inocentes a uno de ellos como obispillo, que sería el encargado de hacer todo tipo de travesuras durante aquel día en la iglesia, parodiando al obispo verdadero en la misa, pronunciando un sermón burlesco desde el púlpito, haciendo bailar y saltar a los canónigos e imponiendo multas arbitrarias con el importe de las cuales celebraría luego una cena junto con sus compañeros.

Este tipo de fiestas, consideradas de todo punto irreverentes, logró mantenerse hasta bien entrado el siglo XVII pese a las continuas prohibiciones de que fue objeto por parte de la Iglesia. En Tarazona existió una *fiesta stultorum* (“fiesta de los necios” o “los locos”), en la que también se elegía un obispillo que parodiaba al obispo, hasta el siglo XVI. Mucho tiempo después, en algunos pueblos, los chiquillos, encabezados por uno de ellos que iba tocado con mitra y vestido al modo de un obispo, seguían saliendo por las calles a pedir donativos a los vecinos para hacer una merienda.

Son fiestas —como las denominadas “parrandas de tontos” y “fiestas de locos” que se celebran en otros lugares de España— que tienen como rasgo distintivo el de la inversión: los sectores de la sociedad que menos poder de decisión tienen durante el año son, por un día, dueños y señores de los actos de los demás, que han de obedecer cuanto ellos mandan sin rechistar, aceptar sus bromas y órdenes arbitrarias y pagar sus multas. Es el “mundo al revés”, el espíritu de las libertades saturnalicias que por unos días invertía el papel entre amos y esclavos, gozando éstos temporalmente de los privilegios de los primeros.

Esta componente de inversión de lo establecido aparece no sólo en las fiestas navideñas, sino que se prolonga en las de enero y febrero, preludiando ya el Carnaval, manifestación por excelencia del espíritu subversivo.

EL COMIENZO DEL AÑO

La consideración del 1 de enero como primer día del año es una costumbre relativamente reciente, en realidad. En la Roma arcaica, como en otros países mediterráneos y del Oriente Próximo, el año empezaba en marzo, con la primavera, cuando la Naturaleza reverdecía. Entonces comenzaban su mandato anual dos cónsules, encargados de reclutar y mandar las legiones; sin embargo, cuando en el año 154 a.C. Roma hubo de enfrentarse con los celtíberos de la antigua Segeda (Belmonte de Gracián), en el Jalón, se adelantó la fecha de la elección consular, verdadero comienzo del año político, al 1 de enero, para permitir que los cónsules dispusieran de tiempo bastante para los preparativos y el relevo de sus colegas salientes. Aunque en marzo se siguieron celebrando los ritos del año nuevo natural, el ritmo de la vida pública en Roma y en su luego tan dilatado ámbito cultural resultó indeleblemente marcado por el 1 de enero como verdadera fecha inaugural del año.

Enero se consagró al dios Jano (*Januarius*), porque es el dios de los tránsitos de un lugar a otro (*janua* quiere decir “puerta”) y, también, el “dios de todos los inicios”, ya que tenía dos caras con las que podía mirar simultáneamente al pasado y al futuro. El día en que comenzaba el mes, y por tanto el nuevo año, se consagraba a Jano una ceremonia en su templo, se organizaban comidas a las que se invitaba a los amigos o vecinos y se intercambiaban dulces —para

que el año nuevo lo fuera— y unas ramitas de laurel llamadas *strenae* (estrenas) que simbolizaban un deseo de fortuna y felicidad. En Francia, los regalos de Año Nuevo se llaman *étrennes*, y ése es el sentido original del español “estrenar”.



Jano, el dios de las dos caras, detalle del tapiz Acuario, de la colección de La Seo de Zaragoza

Las *strenae*, así llamadas porque se cogían en un bosque consagrado a la diosa Strenia, pasaron con el tiempo de ser simples ramitos a ser regalos de todo tipo, incluidas las monedas ya mencionadas que portaban la inscripción

“A.N.F.F.”. La costumbre de intercambiar regalos, desplazada de Año Nuevo a Nochebuena o a Reyes, sigue vigente en nuestra época.

Pero lo que no se heredó directamente de Roma fue la fecha de inicio del año, que desde la Edad Media y hasta prácticamente el siglo XIX sufrió muchas variaciones en los países europeos. En la Corona de Aragón, hasta el siglo XIV se celebró el 25 de marzo, día de la Encarnación, manteniendo la antigua costumbre de iniciar el año en primavera. En 1350 Pedro IV, mediante la publicación de la *Pragmática de Perpiñán*, cambió esta fecha por la del 25 de diciembre, que se mantuvo como primer día del año hasta bien entrado el siglo XVI. Fue Felipe II quien, emulando a otros monarcas europeos, dispuso que en sus reinos el año comenzase el primero de enero.

El inicio del año a la manera romana —es decir, el 1 de enero— no tuvo, pues, mucha implantación en la Europa medieval, puesto que esa fecha no iba asociada a ninguna fiesta religiosa ni a ningún acontecimiento astronómico. Por el contrario, el 25 de diciembre, fecha supuesta, pero ya consagrada, del nacimiento de Cristo y vinculada al solsticio de invierno, se consideraba más propiamente la del Año Nuevo. A esta variación de fechas, a esta superposición de tradiciones se debe, en buena parte, el hecho de que el periodo comprendido entre Navidad y Pascua esté jalonado de fiestas que constituyen, en el fondo, ceremo-

nias de paso de un ciclo a otro, de un año a otro, hasta que por fin se hace realidad la llegada de la primavera.

La noche de San Silvestre

La celebración de la última noche del año no tenía entre nuestros antepasados ese carácter desenfrenado y un tanto orgiástico que tiene en la actualidad. En muchos lugares ni tan siquiera se celebraba de forma especial, o tan sólo con una cena familiar un poco más abundante de lo normal, para que el Año Nuevo que iba a entrar en la casa “aprendiese” que debía aportar abundancia, tal y como se exhibía a su llegada.

A los niños se les solía embromar diciéndoles que aquel día llegaba al pueblo un hombre “con tantas narices como días tiene el año”, lo que la imaginación infantil, que no caía en la broma, convertía en un ser fantástico y monstruoso; lo mismo que aquel otro hombre que había llegado la noche anterior “con tantas orejas como días tiene el año”...

Hoy en día, sin embargo, la Nochevieja es una de las ocasiones preferidas en el año para la organización de juergas sonadas. En muchos lugares es costumbre celebrar una gran cena entre los amigos, a lo largo de la cual comienza una jarana que durará en las calles hasta la madrugada. En las ciudades y poblaciones grandes, desde hace unos años, se preparan cotillones en establecimientos



Iluminación navideña de las calles zaragozanas

de hostelería, en los que va incluida la cena, el cava, las uvas y, por supuesto, la consabida “bolsa de cotillón” con gorritos, antifaces, espumillones, matasuegras y chuflainas varias.

En esas grandes juergas de Nochevieja, al decir de algunos antropólogos, se han refugiado algunos aspectos de las alocadas fiestas saturnalicias, desplazados progresivamente de las fiestas de Nochebuena y Navidad por influencia de la Iglesia. En buena medida, sin embargo, ese desenfreno y espíritu de inversión de las Saturnales romanas subsiste también en los festejos de Carnaval.

Por lo que respecta a la tradición, tan arraigada en toda España, de comer las doce uvas al dar las doce campanadas que marcan el paso del año viejo al nuevo —y que se supone darán suerte si se consiguen comer todas a su tiempo—, tiene un origen incierto: hay quien afirma que la costumbre procede de Italia, donde los viticultores lograron una variedad de uva de mesa que maduraba para estas fechas, o bien porque había años en que la cosecha de uvas, en ese país, era tan abundante que se hacía gala de ello comiendo uvas hasta fin de año; pero también hay quien, aduciendo esta misma causa, le atribuye un origen español.

Ese signo de abundancia, convertido en rito, sería el que se ha convertido en la costumbre de comer las famosas doce uvas en las plazas mayores de cada lugar o, mayormente en los últimos tiempos, con los ojos pegados al aparato de televisión.

El “cabo de año”

Pero si en las sociedades rurales tradicionales no tenía especial significación la última noche del año, sí la tenía el Año Nuevo, muy especialmente para los niños, que volvían a asumir el protagonismo de la fiesta. En muchos pueblos salían muy de mañana para ir a las casas de los familiares, vecinos y amigos pidiendo aguinaldo: *cabo de año*, *cabo d'año*, *cap d'any* o *buscar las lilas*, como se decía en el Sobrarbe.

Los chavales recorrían las calles con cestas en las que iban recogiendo lo que se les daba: guirlaches, higos secos, pasas, peladillas, almendras garrapiñadas, frutos secos, etc. Dulces, en fin, hechos en casa y de escaso valor económico, aunque en el caso de las familias más acomodadas se llegaba a dar alguna moneda. Como fórmula petitoria se solía decir: «¡Ave María! ¿Dan cabo d'año?»; y luego había diversas contestaciones, más o menos agradecidas o truculentas según el requerido hubiera sido generoso o se hubiera negado a dar nada.

En Biescas, la chiquillada iba presidida por un niño que llevaba una imagen de San Manuel y se cantaba el *Treucalideu*:

*Treucalideu
mateucalideu
años señores.*

*Buena morcilla grasa
pa la dueña de esta casa.
Cuando maten el cochín
que se compren buen rocín.*

*Las escorchas son de pino;
buenos tragos de vino,
buenas chullas de tocino.*

*Ángeles somos, del cielo venimos
cestas llevamos, huevos pedimos.
Longaniza y lomo,
todo lo tomo.*

Con todo lo recogido se organizaba una merienda, lo mismo que en Esplús, donde, sin embargo, quienes pasaban pidiendo el *cabo d'año* no eran los niños, sino los mozos, que cantaban:

*Guilletas de cabo d'año,
pan y vino para todo l'año;
y el que no nos quiera dar,
le dé buena caguera
hasta la Candelera.*

La costumbre del cabo de año se recuerda también en Alquézar, Azlor, Estadilla, Barbastro, Olsón, Robres, Alcañiz, Aguaviva, Andorra («¡Cabo d'año, que es buen año!»), La Ginebrosa, La Portellada, Maella (para Navidad), Samper de Calanda, Torrecilla de Alcañiz, Urrea de Gaén («Abuela, me dé cabo de año, que Dios le dará buen año») y en algunos pueblos de las Cinco Villas.

En algunos lugares esta costumbre simbolizaba en cierto modo la abundancia de algunas casas, que daban a los niños sus ofrendas en señal de lo que les había sobrado a lo largo del año (Estadilla). En Samper de Calanda, por ejemplo, los pequeños no iban a pedir a las casas de sus familiares, sino a las de los más pudientes, igual que ocurría en localidades como Asín y Castiliscar, donde estas cuestiones tenían lugar en Nochebuena y se llamaban *colaciones*, solicitadas al grito de «¡Que me den algo, que es buen día!». En algunos lugares estos pequeños regalos que se

hacían a los chicos en Año Nuevo recibían el nombre de *estrenas* y, como en Biel, eran entregados por los padrinos a sus ahijados. El nombre deriva, como ya hemos visto, de las *strenae* romanas. Los donativos realizados en esta fecha sustituían a los regalos de Reyes, costumbre que no se instauró en nuestras tierras hasta bien entrado el siglo XX.

LA NOCHE DE REYES Y LA EPIFANÍA

El protagonismo infantil característico de las fiestas navideñas tiene esa noche, si cabe, una evidencia todavía mayor. Antaño los regalos no eran nada sofisticados: dulces o monedas, al igual que en las cuestaciones, eran lo más común. Los regalos en forma de juguetes son una costumbre mucho más tardía. En cualquier caso, la ilusión de saber que, por sencillo que fuere, el obsequio obtenido procedía de aquellos fantásticos seres venidos aquella noche, hacía de él un objeto poco menos que maravilloso.

El misterio consistía en que a los Reyes Magos no se les podía ver: aquella noche pasaban por las casas y, si se había sido bueno, dejaban sus regalos en el balcón; si no, aparecería el temido carbón en su lugar. Había que dejar los zapatos (antiguamente, las alpargatas o abarcas) al sereno, al lado de un puñado de ordio o cebada, además de agua, para que comieran y bebieran los camellos sobre los que los Reyes vendrían montados. Si los niños insistían en que querían verlos, ya se sabía... había que irlos a bus-



Adoración de los Magos, miniatura en el Officia quotidiana

car fuera del pueblo “a las doce de la noche, con la faldeta mojada y una caña verde”.

En los pueblos del Valle del Aragón, y muy especialmente en Salvatierra de Esca, había que salir a recibirlos por la tarde haciendo sonar las esquilas más grandes que se pudieran conseguir: cuanto más grande fuera la esquila

que se llevaba, mayor sería el regalo que se recibiría esa noche. El estruendo que organizaban los chavales no cesaba hasta la medianoche, pues al caer la tarde eran los mozos y casados los que recorrían las calles con las esquilas atadas a la cintura.

En La Fresneda también se hacía a los Reyes un ruidoso recibimiento, que en este caso empezaba desde por la mañana. Es el llamado *arrastre de calderons*: los chiquillos recorrían las calles corriendo con calderos atados a las piernas, arrastrándolos por los suelos durante un par de horas. En el pueblo se dice que se hace así porque, como la carretera pasa lejos, hay que armar un buen estruendo para que los Reyes les oigan y se den cuenta de que en ese lugar hay niños.

En otros muchos lugares se organizan cabalgatas, más o menos lujosas según los medios disponibles, que recorren las calles en cuanto se hace de noche, con lo que ya no es necesario ir con ninguna caña ni con faldetas mojadas a ninguna parte: los reyes se ven en directo o si no por la tele, con su corte de pajes, sus coronas y sus barbas. No pasa nada si faltan los camellos y las carrozas van tiradas por tractores: la ilusión es la misma. En los pueblos, sobre todo en los más pequeños, son esos mismos fantásticos seres quienes llegan a nombrar a los niños, uno a uno, y les hacen subir a su lado para entregarles personalmente los regalos.



En brazos de los Reyes Magos (Gelsa, 1955)

Los Reyes tienen últimamente un fuerte competidor: Papá Noel o Santa Claus, que llega cada año con su trineo desde el Polo Norte trayendo también regalos, pero con la ventaja de que él los trae la noche del 24 de diciembre, recién empezadas las vacaciones escolares, y no la del 5 de enero, cuando ya las Navidades tocan a su fin y enseguida hay que volver al colegio. La rivalidad entre ellos se soluciona, en algunos casos, llegando a un compromiso: en las casas de algunos familiares los regalos llegan “para Papá Noel” y en las del resto de la familia, “para Reyes”. Miel sobre hojuelas para los chavales.



Anuncio de juguetes (hacia 1927)

Roscones, habas y reyes

En toda España es costumbre en este día comer el “roscón de Reyes”, en cuyo interior hay oculta una sorpresa que suele consistir en una figurilla de diversas formas y materiales. En muchos lugares a esta figurita se le llama *la faba*, que era lo que se introducía antaño en la masa: el roscón o torta se cortaba en varios pedazos y aquel comensal a quien le tocaba la faba o haba oculta era designado “rey” por aquel día. Como ocurría en el caso de los obisillos, este rey o *rey de la faba* era una autoridad burlesca a quien todos quedaban sometidos, debiendo cumplir las órdenes que él dictase.

Esta costumbre de elegir un rey el día de la Epifanía o de los Santos Inocentes se practicaba entre los niños cantores de las catedrales medievales, como hemos visto, pero también en las Cortes regias de aquella misma época (existen abundantes datos sobre ello referidos a las de Navarra y Castilla) y en muchos pueblos y aldeas. Para ello se recurría a veces a la faba del roscón, pero también a las cartas o a otro tipo de designación por suertes.

En Aragón también existió la costumbre de elegir reyes y reinas o de *echar el reinau* durante el día de Reyes. Existe un curioso documento de 1745 en el que el obispo de Teruel prohibía unos bailes nocturnos llamados *reynados*, en el transcurso de los cuales, a modo de juego, se elegían rey y reina entre los mozos y mozas: al obispo le parecía condenable aquella costumbre, porque aquellos reyes y reinas, junto con otras “dignidades” que les acompañaban, se sentaban en la iglesia a modo de burla ocupando los sitios principales, disfrazados y luciendo coronas de papel en la cabeza; y, desde luego, prohibía terminantemente a los sacerdotes y clérigos de la diócesis que tomaran parte en aquellas bromas, como solían. Se indicaba también, a modo de curiosidad, que a los reyes y reinas o mayordomos y mayordomas de aquel “reinado” los llamaban, «por los nombres más propios de su oficio [...] al Mayordomo, *Sácalastodos*, y a la Mayordoma, *Sácalostodos*, que quiere dezir al bayle».

Damas y galanes

La tradición de sacar parejas a la suerte, o de nombrar reyes y reinas para una noche o para un baile, tenía lugar en muchos pueblos aragoneses para la noche del 5 de enero o también para el primer día del año (recibiendo entonces el nombre de *casamientos de cap d'any*). Se denominaba a este juego *damas y galanes*, *el reinau*, *damas y caballeros* o *santos y santas*, y consistía —con las variantes que cabe suponer para cada pueblo— en hacer un sorteo entre los mozos y mozas del lugar y formar parejas con el resultado.

Según el estudio hecho por Bajén y Gros en las Cinco Villas, en las localidades de la parte alta de esta comarca el sorteo, que tenía lugar en un sitio público, se hacía de la siguiente forma:

«Se ponían en un montón papelitos con los nombres de los solteros y en otro lo mismo con los nombres de las solteras; en los dos grupos se añadían elementos divertidos (una vaca, el cura, un tocino, el macho, la burra, la torre de la iglesia). A continuación se emparejaba cada papel del primer grupo con uno del segundo y la primera pareja elegida era nombrada “rey y reina”, con lo que quedaban constituidos como mayores de la fiesta [...]. El resultado del sorteo se hacía público para divertimento de todo el pueblo y era seguido con risas y comentarios. Esa misma tarde o al día siguiente se celebraba un baile que

presidían el rey y la reina y en el que todas las parejas elegidas debían bailar. Además, en alguna localidad cada uno de los “novios” debía invitar u obsequiar a su pareja con turrón o algún otro regalo. En otros sitios, como Sigüés, el rey y la reina tenían la obligación de costear una *lifara* para el resto de las parejas.»

En algunos pueblos se hacían tres montones de papeles, porque se sacaban parejas y también un regalo que debían hacerse, o bien se relacionaban con un oficio divertido o



Haciendo el sorteo de Damas y Galanes en Bailo (Huesca) en 1988

absurdo. Además de rematar la fiesta con bailes y lifaras, se solía ir por la calle en cuadrillas cantando canciones que también se llamaban *el reinau*.

Esta misma costumbre existía en muchos pueblos de Huesca, como Ansó, Fago, Bailo, Embún, Bespén (donde las mozas tenían que invitar a merendar a su pareja), Alquézar (en que se tenía que poner un nombre más del género masculino para dejar a alguien *encantarau* o sin pareja), Pozán de Vero (donde el mozo debía pagar a su pareja un trozo de turrón e invitarla a bailar), Robres, Biscarrués, etc.

Una costumbre similar, aunque con un carácter menos lúdico, tenía lugar en algunos pueblos de Huesca y de la parte alta de la provincia de Zaragoza, en que estos emparejamientos a la suerte se hacían la última noche del año: era el juego de *santos y santas*. En Serué el sorteo se realizaba de forma similar a la descrita, pero sin incluir oficios o elementos que dieran lugar a emparejamientos jocosos, y entre las papeletas se colocaba una con el nombre de San Silvestre: el que la recogía debía pagar el poncho. En Ibort se introducían en el puchero de las papeletas los nombres de varios santos, y el que cogía alguna de ellas tenía obligación de rezar durante todo el año siguiente al santo que le hubiera tocado.

En Baraguás esta costumbre se llamaba *sacar almas y vírgenes*, y aquí no entraban en el sorteo los nombres de

los mozos y mozas, sino los de los santos —incluyendo a San Silvestre— para emparejarlos con los difuntos de quienes estaban presentes. El descendiente del difunto que salía emparejado con San Silvestre debía pagar el vino de todos.

Simple diversión en la mayoría de los pueblos, esta costumbre de emparejar mozos y mozas a finales o principios de año podía llegar a dar lugar a parejas estables o incluso a casamientos.

Epílogo



El día 6 de enero concluían las fiestas de Navidad, las de mayor entidad del ciclo festivo de invierno y, como decíamos al principio, las más importantes del calendario litúrgico cristiano junto con las de Pascua de Resurrección. Pero recordemos que hasta esta última fecha se sucedía un rosario de pequeñas fiestas que jalonaban el tiempo que quedaba hasta la primavera y que, al igual que las que acabamos de ver, se celebraban con una serie de ritos que tenían un objetivo común: preparar la entrada del nuevo año y la reanimación de la Naturaleza para que ese ciclo que se iniciaba fuera fértil y colmado de bienes. Era el turno de los llamados “santos barbudos”, “santos fogareteros” o “santos rostidors”: San Antón (17 de enero), San Sebastián (20 de enero) y San Blas (3 de febrero), quienes, junto con la Candelera y Santa Agueda (4 y 5 de febrero), culminan el ciclo festivo de invierno anunciando ya el Carnaval.

Hemos visto ese deseo más o menos oculto en todos los rituales que caracterizan a las fiestas navideñas tradicionales: el fuego que anima al sol a volver a brillar con fuerza; la tronca de Nochebuena que arde en el hogar como símbolo de la pervivencia de la casa y de sus miembros o que regala golosinas a los niños con una generosidad de frutos que en ese momento la Naturaleza aún no tiene; el protagonismo infantil representando una inversión de papeles

que debe contribuir al mantenimiento y regeneración de la sociedad; las adivinaciones, juegos y sorteos que pretenden influir en el curso de los acontecimientos y no dar cabida a un caprichoso azar que nos deja desvalidos ante el futuro; y, desde luego, los regalos, la abundancia en comidas y bebidas y la expresión de felicitaciones y buenos deseos para el año que empieza.



*Adoración de los Magos, escena del retablo
de San Salvador de Ejea*

Pero primero se perdió el sentido de muchos de estos ritos, y después se perdieron los ritos mismos; en la actualidad celebramos la Navidad de igual forma en todo el mundo, por obra y gracia de los medios de comunicación —muy especialmente de la televisión— y de la publicidad comercial, común a muchísimos países. Quizá de todo aquel sentido que tenía la Navidad tradicional sólo mantengamos ese “espíritu navideño” que nos empuja a desear suerte y dicha a los demás y a manifestar ese deseo en forma de regalos, fiestas y fórmulas varias de felicitación.

El misterio que rodeaba a muchos de aquellos ritos sólo se mantiene intacto en la inocencia de los más pequeños, verdaderos protagonistas de las fiestas de Navidad, y que se plasma en su regocijo y su sorpresa al ver los regalos, en su anhelante espera del día en que tienen que llegar Papá Noel o los Reyes Magos (para ellos, tanto da). Porque hay un hecho que sí es común a las Navidades tradicionales y a las actuales: el de que sólo donde hay niños las fiestas de estas fechas alcanzan todo su encanto.

Bibliografía recomendada



- ADELL, J. A. y GARCÍA, C.: *La fiesta en el Alto Aragón*. Diario del Altoaragón. Huesca, 1992.
- BADA PANILLO, J.: *Prácticas simbólicas y vida cotidiana*. Colección de Antropología Aragonesa, nº 5. Gobierno de Aragón Zaragoza, 1995.
- BAJÉN, L. M. y GROS, M.: *Archivo de Tradición Oral. Cinco Villas*. Centro de Estudios de las Cinco Villas, Institución «Fernando el Católico». Zaragoza, 1994.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A.: *Costumbres aragonesas*. Everest. León, 1990.
- BRIOSO, J.: “Navidad en el Alto Aragón”. *Cuadernos de Zaragoza*, nº 43, pp. 27–40. Zaragoza, 1979.
- CARO BAROJA, J.: *El Carnaval. Análisis histórico-cultural*. Taurus. Madrid, 1965.
- CATTABIANI, Alfredo: *Calendario. Las fiestas, las leyendas, los ritos, los mitos*. Ultramar Editores. Barcelona, 1990.
- PELLICER, J. A.: *Bajo Aragón. Fiestas y tradiciones*. Editorial Certeza. Zaragoza, 1997.
- RODRÍGUEZ, Pepe: *Mitos y ritos de la Navidad. Origen y significado de las celebraciones navideñas*. Eds. B, Barcelona, 1997.
- VV.AA.: *España: fiesta y rito. Fiestas de invierno*. Ediciones Merino. Barcelona, 1994.
- VV.AA.: *Albada al Nacimiento. Siete textos sobre la Navidad en Aragón*. Caja de Ahorros de la Inmaculada. Zaragoza, 1996.



1. **Aragón y Europa** • Servicio EuroCAI
2. **La Santa Capilla del Pilar** • A. Ansón y B. Boloqui
3. **Los Tapices de La Seo de Zaragoza** • Equipo de Redacción Cai100
4. **Los botánicos aragoneses** • Vicente Martínez Tejero
5. **El traje tradicional en Aragón** • Jesús A. Espallargas
6. **La economía agroalimentaria en Aragón** • Luis Miguel Albisu
7. **Baltasar Gracián. La iluminada brevedad** • Ignacio Izuzquiza
8. **La matacía** • José Ramón Marcuello
9. **La Navidad en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100



10. **Los monasterios de Aragón** • Agustín Ubieta
11. **El Cid en Aragón** • Alberto Montaner
12. **Diseño industrial.**
Una perspectiva aragonesa • Juan Manuel Ubierno
13. **El clima de Aragón** • José María Cuadrat
14. **El nacimiento de Aragón** • Juan F. Utrilla
15. **Marcial** • Concha García Castán
16. **La industria en Aragón** • Adolfo Ruiz Arbe
17. **Los fotógrafos aragoneses** • Carmelo Tartón
18. **La cerámica aragonesa** • Isabel Álvaro
19. **El escudo de Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
20. **La medicina del siglo XVII en Aragón** • Asunción Fernández Doctor
21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán

